

III. Del Consejo.

La Superiora General reunirá el Consejo, por lo menos, dos veces al mes, para pedir su parecer sobre los asuntos de las personas y de la administración, pero no necesita pedir los votos del Consejo más que en los siguientes casos:

- 1º La admisión de las Hermanas para la toma de hábito, para la primera y para la segunda profesión.
- 2º La readmisión de una Hermana que hubiera salido o que hubiera sido expulsada.
- 3º La expulsión de una Hermana profesa, observando para ello todas las reglas indicadas anteriormente.
- 4º La sustitución de la Asistente general o de un miembro del Consejo.
- 5º La fundación de una Casa nueva, aceptada por el Ordinario del lugar.
- 6º La disolución de una institución ya existente, bajo la reserva del «Beneplicitun» apostólico.
- 7º Los contratos que vinculan a la Congregación, como préstamo, venta y cesión, para los que habrá que solicitar después la autorización de la Santa Sede.
- 8º Las adquisiciones, la aceptación o la aplicación de un don o de un legado importante, los gastos extraordinarios, grandes construcciones que puedan costar más de diez mil francos, y otros asuntos que sean de mucha importancia para toda la Congregación.

Para las fundaciones, contratos, compras de inmuebles, gastos extraordinarios y construcciones, el Consejo deberá recibir de la Economa general todas las informaciones necesarias para no tomar una decisión sin conocimiento de causa.

Fuera de estos casos, el Consejo es únicamente consultivo; la opinión de los miembros no tiene otro objeto que esclarecer a la Superiora General. Cada una debe, pues, darle su parecer franca y sencillamente, luego aceptar con sumisión religiosa la decisión que la Superiora

General haya juzgado como la más prudente, justificarlo si es necesario, y ayudar a su ejecución.

Todas las deliberaciones se consignarán en un registro, firmado por la Superiora y refrendado por la Secretaria general.

Para que sean válidas, estas consultas, es preciso que por lo menos, estén presentes los dos tercios del Consejo. Las Consejeras generales deben dar, en todo momento, ejemplo de obediencia, de respeto hacia la Superiora General y de sincera adhesión a su persona. Su papel principal es de esclarecer y de fortificar el gobierno de la Superiora y nunca deben creerse encargadas para recibir recursos o quejas sin contar con ella, ni permitirse, excepto en los casos previstos anteriormente, conversaciones, en las que al juzgar las actuaciones de la Superiora, podrían llegar a criticarla.

Si, como consecuencia de un debilitamiento notable de sus facultades o de un sufrimiento general de la Congregación, pareciera que, la Superiora General, no está ya en condiciones de gobernar debidamente el Instituto, la Asistente general, después de haber consultado al Ordinario de la Casa Madre, reunirá al Consejo y según la opinión de dos tercios de sus miembros, propondrá a la Superiora General que convoque el Capítulo interino, y le pedirá una Vicaria General para que le ayude y que la supla, ésta se elegirá como se dice más arriba, para la Asistente General.

Si la Superiora General no estuviera en condiciones de hacer esta elección, la Asistente general, de acuerdo con el Ordinario, convocará el Capítulo interino, que nombrará a la Hermana que consideren más capaz de cumplir este oficio. En este caso, la suplente nombrada sin la cooperación de la Superiora General, tendrá los poderes de una Vicaria general y la Santa Sede deberá aceptarla y confirmarla.

A los miembros del Consejo se les exige un secreto riguroso sobre todo lo que se habrá dicho en el Consejo, o lo que se les comunique en privado.

Si, por desgracia, ocurriera que una de las Consejeras, actuara en su cargo de un modo básicamente contrario al bien de la Congregación, la Superiora consultará al resto de su Consejo que dará entonces su voto sobre si se mantiene o se reemplaza a esta Hermana.

El cuidado de todo lo referente a la salud de la Superiora General, se confía al Consejo, que encargará de ello a uno de sus miembros.

IV. Del Capítulo General.

El Capítulo General tiene como objeto nombrar a la Superiora General, cuando sus poderes hayan vencido, igual que a los miembros del Consejo, cada seis años; al mismo tiempo, trata de los asuntos importantes de la Congregación.

La Ecónoma general y las Superiores locales deben rendirle cuenta del estado temporal de la Congregación y de cada una de las Casas. Si la Superiora General, con el parecer de su Consejo, creyera necesario hacer algún reglamento para la aplicación o para la interpretación de las Constituciones, ese reglamento tendrá que someterse al Capítulo.

Las deliberaciones no son válidas más que si el Capítulo ha sido regularmente convocado, bajo la presidencia del Delegado apostólico.

Estas reuniones deben servir para estrechar los vínculos de caridad entre todas las Casas del Instituto y con la Casa Madre; para mantener la observancia de las Constituciones en todo el ámbito de la Congregación; para renovar y para conservar el espíritu propio del Instituto.

V. De la Asistente General

La Asistente General secunda a la Superiora General y la reemplaza cada vez que ésta se vea impedida para cumplir sus funciones.

Se ajustará siempre a las instrucciones recibidas, y considerará como su deber principal, el mantener la unión entre las Hermanas y la Superiora.

Su correspondencia con las Hermanas sólo la abrirá la Superiora General, a no ser que exista un permiso especial dado por ésta.

VI. De las Superiores locales.

Cada Casa de la Congregación está asentada bajo la autoridad de una Superiora local, que se encarga de velar por la observancia de las Constituciones, por el progreso espiritual de las Hermanas, por la solicitud de los estudios y del internado, por las necesidades de las enfermas y de las achacosas, en todo lo concerniente a lo temporal.

Es importante que esta Superiora tenga el espíritu de la Congregación, y que sostenga su Casa muy unida a la Casa Madre y a las demás Casas del Instituto.

Para ello, dará testimonio siempre de respeto, obediencia y afecto hacia la Superiora General; persuadirá a sus Hermanas para que tengan espíritu de entrega y de generosidad hacia todas las obras de la Congregación, estimulándolas, según las Constituciones, a preferir siempre el bien general antes que el bien particular de su Casa.

Su oficio no es el de hacer las cosas personalmente, sino que debe ser el alma de la Casa; dirigir a las encargadas de los empleos, después de haberlas elegido lo mejor posible; confiarles lo que se refiere a su empleo; evitar los pequeños conflictos, y establecer, en todas partes, la paz, el fervor y la regularidad.

Debe velar para que las Maestras mantengan el espíritu de fe en el desarrollo de los conocimientos humanos, y aplicar una gran prudencia en la elección de los libros que se utilizarán en el internado y en la Comunidad.

Con frecuencia, consultará a las Hermanas encargadas de la dirección de la enseñanza en el Instituto, para no apartarse de los métodos adoptados y para no introducir en su Casa nada que pueda tergiversar el espíritu cristiano de nuestra enseñanza.

Cuando sea nueva en la Casa, no cambiará nada de lo hecho anteriormente, sin antes reflexionar mucho y consultar a la Superiora General. Si ve algún defecto en la administración precedente, tendrá cuidado de no demostrar nada, únicamente lo hará saber a la Superiora General o a la Visitadora.

Mantendrá fielmente el Capítulo. Se liberará, en la medida posible, de todo aquello que pudiera impedirle dedicarse enteramente al gobierno de su Comunidad, y de presidir los ejercicios regulares, las comidas y los recreos.

Fijará las horas en las que cada Hermana pueda acudir a ella durante el día, y no por la noche durante el silencio mayor. Para poder hacerlo, tratará de regular sus visitas y no se dejará absorber por algunas demasiado largas.

Sin embargo, debe también evitar el disgustar a los padres de las alumnas y a los amigos de la casa, si se hace invisible o si no los recibe siempre con la misma amabilidad.

Velará para que se trate a los sacerdotes con el mayor respeto, que no se les haga esperar; pero tampoco ella se permitirá, ni lo permitirá a los demás, que se les haga perder el tiempo con largas conversaciones.

Que su gran preocupación sea la de mantener a las Hermanas en el celo por la perfección, y evitar todo lo que pudiera distraerlas de los deberes y de la característica de su vocación.

Que preserve su Casa de un espíritu de queja y de crítica, que haga reinar la alegría por la acción de gracias y por la confianza en Dios, como corresponde a hijas de la Asunción.

En cuanto a ella, que acuda en todas las cosas difíciles, a la Superiora General, y que el espíritu de fe y de humildad le ayuden a mantener con ella una unión perfecta. Que aplique su perfección en hacer bien lo que es de la vida común, que trate de mantenerse tan cerca de Nuestro Señor, que sea para sus hijas un modelo de virtud religiosa, y que pueda encontrar en el Corazón de Jesús la luz y la fuerza que necesita para cumplir sus deberes.

* * *

En la carta convocatoria del Capítulo general de 1888, María Eugenia recuerda la gracia de la aprobación definitiva de nuestras Constituciones... que otorgan a nuestro Instituto el sello de la autoridad de la Iglesia.

Desde 1888, estas Constituciones son las que se han utilizado en la Congregación hasta 1959, con algunas modificaciones jurídicas introducidas según el Derecho Canónico de 1920.

Los diferentes decretos de aprobación (1855, 1867, 1888) van impresos al final de la Regla de Vida actual, antes que los de 1959 y de 1983.

* * *

Desde 1854, la Regla de san Agustín se presenta conjuntamente con los Estatutos y con las Constituciones, en sus mismos textos o haciendo referencia de ellos.

Pero desde los primeros tiempos ya se adopta.

Por esto, y por la importancia que se le concede, es también un texto fundacional (1).

(1) Cfr. «Partage Auteuil», n.º 35 (Texto francés).

CAPÍTULOS DE LA MADRE MARÍA EUGENIA

I. Los Capítulos de 1878, sobre el espíritu de la Asunción:

Constan de una serie de trece Capítulos, entre el 3 de febrero y el 23 de junio de 1878, a los que hay que añadir otro del 14 de julio.

- En este espacio cronológico, se inserta el Capítulo del 10 de febrero, con motivo de la muerte de Pío IX, al que «propone para que lo imiten las Religiosas de la Asunción»: por su fecha y su contenido, expresa «el espíritu de la Asunción», sin que forme parte de la serie que lleva este título. Por tanto, se imprimirá en su lugar.

- No hay Capítulos entre el 26 de mayo y el 23 de junio. La Madre María Eugenia está en Inglaterra (Richmond y Londres). Después del 23 de junio, hay dos Capítulos centrados en la liturgia del momento: el 30 de junio (fiesta de San Pedro y San Pablo) y el 7 de julio (fiesta de la Preciosísima Sangre). Por último, el 14 de julio, hay un Capítulo consagrado también al espíritu de la Asunción, bajo el aspecto de la «prudencia». Según dice la Madre María Eugenia, éste completa al del 26 de mayo, que trata de «las virtudes naturales, base de las virtudes sobrenaturales».

• *Situación histórica:*

A principios de 1878, la Madre María Eugenia tiene 60 años. La Congregación esta presente en Francia, en Inglaterra (1850), en España (1856).

Ha sido aprobada por Roma el 14 de setiembre de 1867.

- **El porqué de estos Capítulos:**

Después de casi cuarenta años de existencia de la Congregación, en una situación política difícil, (1) en el centro de la vida de la Iglesia, en medio del trabajo de la redacción de las Constituciones, la Madre María Eugenia quiere tratar de definir ese «algo de especial que conforma nuestro espíritu...» el espíritu de la Asunción como yo lo entiendo». Invita a las hermanas a que reflexionen, a que recen, a que dialoguen. Respecto a ella dice, que les transmitirá sencillamente las luces recibidas de Dios. «Quizá al reunir las se podrá hacer un conjunto». (3 de marzo de 1878).

- **Los Capítulos:**

Según la idea de María Eugenia, estas instrucciones reunidas constituyen, pues, un conjunto. En ellas trata sucesivamente:

- del espíritu de la Asunción (3 de febrero)
- de la adoración de los derechos de Dios y de la Santísima Virgen en el misterio de la Asunción (24 de febrero)
- de la fe y del amor a la verdad (3 de marzo)
- del conocimiento y del amor a Jesucristo (10 de marzo)
- del servicio a Jesucristo en el trabajo y en la obediencia (24 de marzo)
- del perfecto amor a Jesucristo:
 - en la humildad (7 de abril)
 - en la conformidad y en el abandono a la voluntad de Dios (14 de abril)
 - en el amor al prójimo y en el espíritu de sacrificio (21 de abril)
- del amor al Stmo. Sacramento, del amor a la Santa Sede y del reposo a la palabra de Dios (5 de mayo)

(1) Después de la guerra franco prusiana de 1870 y de la «Commune» de 1871, el país está bajo la tercera República.

- de la devoción a los santos y del amor al Oficio divino (12 de mayo)
- del desprendimiento gozoso de las cosas terrenas (19 de mayo)
- de las virtudes naturales, base de las virtudes sobrenaturales (26 de mayo)
- de la paciencia y de la vida interior, fruto de la devoción al Stmo. Sacramento (23 de junio)
- De la prudencia que conviene a una hija de la Asunción (14 de julio).

En estos Capítulos, se puede discernir un vínculo de continuidad: sea por el anuncio del tema siguiente, sea por la evocación del tema precedente.

- **Método de composición:**

Los Archivos conservan documentos (2) que es interesante estudiarlos y que permiten delimitar el método de composición:

- Borradores de mano de la Madre María Eugenia, en sobres, en hojas de papel de cartas, en hojas de formato medio, con la escritura grande de los últimos años, con tinta o con lápiz; bosquejos (por ejemplo: el plan general de los Capítulos, con números que rectifican el orden de las ideas, escritas en un primer impulso), notas sencillas, párrafos enteramente redactados, con o sin fecha.
- Dos cuadernos con la letra fina de la Madre M. Catherine (3). La Congregación le debe, gracias a su memoria prodigiosa, el texto de las instrucciones de la Madre Thérèse Emmanuel.

(2) Serie MO -GA

(3) La Madre Marie Catherine, contaba entonces 26 años, más tarde fue la tercera Superiora General.

Encabezando algunos capítulos, aparece la indicación del pasaje de las Constituciones leído aquel día (4). En los textos redactados hay correcciones más o menos importantes de la Madre María Eugenia: frases añadidas, transformadas, pasajes suprimidos o completamente rehechos. Algunos textos han sido más retocados que otros.

Aquí podemos encontrar los textos del 10 de marzo, del 7 de abril, del 14 de abril, del 21 de abril, del 5 de mayo, del 12 de mayo, del 19 de mayo, del 26 de mayo y del 14 de julio: es decir, nueve capítulos sobre catorce.

- *Dos hojas de letra distinta repiten, con algunas correcciones de la Madre María Eugenia, los Capítulos del 3 y del 24 de febrero.*
- *En fin, otra serie de hojas grandes, con una letra difícil de identificar (quizá también de la Madre M. Catherine ya mayor), contiene los Capítulos del 3 y del 24 de febrero y el del 3 de marzo, también con correcciones de la Madre María Eugenia, sobre todo en el del 3 de marzo: «Fe, amor a la verdad».*
- *En total, sólo falta el texto de base de tres Capítulos, quizá se traspapeló.*
- *Aquí podemos resumir el método empleado para su composición. La Madre María Eugenia hablaba según los bosquejos o según textos completamente redactados; a partir de notas tomadas de viva voz, se toma el texto y se redacta. La Madre María Eugenia lo revisa y lo corrige, algunas veces poco, otras muy ampliamente. Es pues, ciertamente su pensamiento que así se ha transmitido.*

Estos Capítulos de 1878, tan importantes para la Congregación, primero fueron presentados según los procedimientos del momento, antes de que se imprimieran en 1899.

3 de febrero de 1878

Sobre el espíritu de la Asunción – I

Mis queridas Hijas,

Tengo la intención de hablaros de un tema sobre el que os pido que reflexionéis antes de que os hable. Quisiera conversar, alguna vez, con vosotras sobre el espíritu de la Asunción. Todas comprendemos que hay algo de especial en la Congregación que es lo que constituye nuestro espíritu. ¿Cuál es este espíritu? ¿Cuál es con respecto a Dios? ¿Cuál es su esencia? ¿Cuál es con respecto al prójimo y respecto a nosotras mismas? ¿Qué es lo que nos permite afirmar: «Esto no es nuestro espíritu», si no fuera por la convicción íntima y clara, de que tenemos un espíritu que Dios quiere para nosotras como Religiosas de la Asunción?

Lo que voy a deciros quizá os parezca difícil; pero creo que este espíritu, bajo cualquier aspecto que se le considere, exige más virtud que ningún otro. Esto no es, claro está, que seamos religiosas más santas que las demás; pero para el espíritu de la Asunción, es preciso un gran desapego de sí misma; es preciso no buscar más que a Dios, no desear más que a Dios y su servicio, no buscar más que su ley, su predominio, buscarle a Él solo en las almas, en nuestra vida, en todas nuestras relaciones con el prójimo. Y para esto, hay que ser fuertes, hay que elevarse sinceramente por encima de uno mismo, no con una vana elevación, sino con esa elevación, que hace pasar por encima de todas las cosas humanas, que aparta de toda búsqueda de sí mismo.

Cada vez que nos detiene una cosa humana, sentimos que no somos lo que la Congregación quiere de nosotras; pero el día que nos entregamos sin reserva sólo a Dios, quien quiera que seamos, y de cualquier condición que fuéramos, seremos una persona de quien la Congregación podrá fácilmente servirse y una religiosa ejemplar.

(4) Capítulos de la obediencia y de la caridad.

Y esto, Hermanas, va dirigido a todas, desde la cocinera hasta la portera, desde la hermana que enseña hasta la enfermera; todas nos damos cuenta de ello.

Por consiguiente, Hermanas, quisiera decirnos cuál es la esencia y cuáles son las cualidades del espíritu de la Asunción.

Os pido que recéis y que meditéis sobre esto, durante la semana para que podamos tratarlo juntas. Me gustaría que las que tuvieren sobre esta materia alguna idea clara, me lo digan; así podría daros mejor la mía.

Domingo 10 de febrero de 1878

**Se propone a Pío IX
para que las Religiosas de la Asunción
lo imiten en su amor a la verdad, a la Iglesia y a las almas;
– en su devoción a la oración, al Oficio,
y al Santísimo Sacramento.**

Mis queridas hijas,

En estos momentos, no se puede verdaderamente más que hablar de Pío IX, que llena todos los pensamientos y todos los corazones.

No insistiré en el dolor filial que llena el alma, cuando Dios nos priva de un padre como Pío IX. Me siento inclinada a considerarle ya como un santo, no solamente como a un santo a quien debemos encomendarnos, sino que diré, quizá os sorprenda, como un santo al que nosotras, Religiosas de la Asunción, debemos tratar de imitarle. Parece que hay gran diferencia entre la vida de un soberano Pontífice, que tiene a su cargo todas las almas del mundo, y la vida de una pobre religiosa en su celda; sin embargo, hay en la vida de Pío IX varios aspectos por los que podemos considerarlo como modelo para nosotras.

Ante todo, Pío IX estaba entregado a la verdad. ¿Quién ha trabajado más que él en extender el reino de la verdad en el mundo, en afirmar los dogmas y en condenar los errores? Ha sostenido grandes y continuos combates por la verdad. Ha defendido la verdad; ha sufrido por la verdad. Y como Nuestro Señor dijo a Pilatos: «He venido para dar testimonio de la verdad» (5), así este santo Papa, con valentía y en toda circunstancia, ha dado testimonio de la verdad.

(5) Jn. 18,37.

Este amor a la verdad es una de las características que debemos llevar en el alma. ¿No era esta verdad la que arrobaba a san Agustín y lo atraía hacia Dios: verdad de los dogmas, verdad eterna de Dios revelada al hombre, en una palabra, todo el conjunto de esas verdades admirables que son objeto de nuestra fe? Y también para nosotras, Hermanas, esta verdad eterna debe ser nuestro primero y principal amor. Fijáos que es en la verdad donde Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se comunica al mundo, y esta verdad la recibimos a través de la Iglesia. Y así llegamos al segundo amor de Pío IX: el amor a la Iglesia.

Entregado totalmente a la verdad, Pío IX era también todo para la Iglesia, él dirigió la Iglesia, él trabajó y combatió por ella. Su vida era un sacrificio continuo por la Iglesia. ¡Cuántas cosas realizadas durante su largo pontificado, para mantener a la Iglesia en el lugar en que estaba establecida, para extenderla donde todavía no había penetrado; para trabajar en la conversión de las almas, en la edificación y en la santificación de los fieles! ¡Qué solicitud la de Pío IX en cercenar los errores, en combatir las ilusiones, en restablecer todo en el orden! Amaba a la Iglesia, porque es la columna de la verdad en la tierra.

Nosotras, Hermanas, que tenemos como característica especial la adhesión a la Cátedra de San Pedro, centro de la verdad ¿no debemos, pues, consagrar también nuestra vida entera al amor y al servicio de la Iglesia? Debemos obedecerla en todo: debemos rezar, trabajar, sufrir por ella, y hacer de toda nuestra vida una entrega constante a la Iglesia.

Este amor a la verdad y este amor a la Iglesia engendraban en Pío IX el amor a las almas. Creo habérselo dicho algunas veces, que cuando fui a Roma por primera vez, lo que más me impresionó fue la solicitud por las almas. Se sentía que el alma más pobre, la más expuesta a pecar, el alma de los ancianos, todas las almas cualquiera que fuesen, eran objeto, en Roma, de una solicitud constante y materna.

Cada uno de los párrocos de la ciudad tenía la descripción detallada de todas las familias que vivían en su parroquia. Se preocupaban por cada una de estas familias, hasta el punto de saber si todos sus miembros habían cumplido con el precepto pascual, si alguno de ellos iba a la deriva, si se perdía. El párroco entraba en tan importantes detalles que, cuando una joven, arrastrada por una loca pasión, estaba expuesta a perderse, hablaba con el padre de familia para conseguir que esta joven hiciese Ejercicios espirituales, en uno de los conventos de la ciudad dedicados a ello, y más tarde le procuraba un matrimonio honorable para resolver esa situación.

Tal era entonces la autoridad de los párrocos, tal era su solicitud. A pesar de esto, la libertad para las confesiones era absoluta. No exigían que sus feligreses fuesen a confesarse a la parroquia. Se dejaba a todos la mayor libertad, para ir con el confesor que mejor les pareciese: pero siempre en razón de esa atención hacia las almas, la facultad de confesar no se daba más que a hombres muy instruidos, virtuosos, de cierta edad, y sólo se les admitía para tales funciones, después de un examen serio. Los más grandes dignatarios de la Iglesia, como el Maestro del Sacro Palacio, el Comisario de la Inquisición, no desdeñaban el confesar a una pobre chica, a una pobre mujer que deseaban confesarse con ellos ¡Era un alma!

También se veía a los prelados ir a las buhardillas, para administrar un sacramento más, a un niño de siete u ocho años, que estaba expuesto a la perdición, puesto que había recibido el bautismo, pero que estaba amenazado a salir de este mundo con una señal menos gloriosa, sin el «sigillum», sin el sello que marca al verdadero cristiano, porque no estaba confirmado.

De todas las impresiones que he tenido, una de las que más me ha llamado la atención, es esa solicitud inmensa por las almas, que partía por el que se hallaba a la cabeza y descendía a todos los que estaban bajo su gobierno.

Más tarde, Pío IX cautivo en el Vaticano manifestaba ese amor a las almas, acogiendo a todos los peregrinos. ¡Con qué facilidad

daba audiencia a todos, incluso a los más pobres! Y no solamente en Roma, sino en el mundo entero ¿qué no ha hecho por las almas? Se puede decir que el amor a las almas era la pasión de Pío IX.

Volved sobre ello y preguntaos: «Si en el interior de mi alma tengo un amor inmenso a la Iglesia, un amor inmenso a las almas, que me llevará a procurar no sólo su salvación sino también a proporcionarles una mayor belleza, a hacerlas más agradables a Dios, ¿no es esto el espíritu de la Asunción?

Hay otro aspecto en la vida de Pío IX al que una Religiosa de la Asunción debe prestar mucha atención: su vida ordenada. ¿Cuál es el rey, cuál es el potentado que tiene que tratar con tantos pueblos? ¿Quién es el que tiene relaciones con la China, con las regiones más alejadas de África, con las islas perdidas en medio del Océano? Todos los días, Pío IX, tenía que tratar con el mundo entero. Regía los destinos de todas las cristiandades dispersas en Asia, perseguidas en el norte de Europa, esparcidas en América y en las islas. Tenía que soportar todas estas inquietudes, tenía que atender a todas estas ocupaciones, no rehuía ninguna, y sin embargo un admirable orden presidía toda su vida.

Todos los días se levantaba a la misma hora; todos los días, —y esto es una gran lección para nosotras—, dedicaba largas horas a la oración, sin permitir que se le privase de ellas. Decía su Misa y después asistía a otra. La celebración del santo sacrificio, realizado siempre por la mañana, era preparado por medio de una larga oración efectuada, algunas veces durante la noche, y por la tarde rezaba otra vez largamente.

Añadiré que este santo Pontífice tenía una gran devoción al Oficio divino. Lo rezaba con su capellán, que era un hombre muy piadoso, pues Pío IX no escogía para tener cerca de sí, más que a hombres de gran pureza de vida, de gran fervor de santidad y de oración. Sin reunir estas circunstancias, no se hubiese podido entender con él. Así Monseñor Marinelli, que era su confesor, tenía esta reputación en

Roma, y al decir yo, hablando de él: «Parece un santo», me respondieron: «Es que es un santo».

Pío IX llevaba una vida, no diría que muy austera, sino que de una gran abstinencia de todo lo que no es necesario para la vida. Cuando ya en su ancianidad, Monseñor de Poitiers le aconsejaba que tomara un poco de aguardiente añeja que le habían enviado, el Papa respondió: «Eso les sentará muy bien a estas pobres personas que me conducen» (en la silla gestatoria). Su vida era así, sencilla y frugal, y no aceptaba ni siquiera un poco de lo que se suministra a los ancianos para mantenerlos.

En su vida mostraba también mucha paciencia ante los sufrimientos, que en él eran muchos. Una señora, que ha estado últimamente en Roma, me decía que al subir la escalera que conduce a las dependencias en donde recibe el Papa, oyó los lamentos de Pío IX, cuando le colocaban en el sillón para trasladarlo a la sala en que iba a celebrarse la audiencia con sus hijos. Sufría de tal modo que cada movimiento le causaba dolor; pero a pesar de sus grandes sufrimientos, se mostraba siempre amable, siempre fiel a las grandes devociones que nosotras debemos tener, pues he de añadir que, a la oración y al Oficio, Pío IX era especialmente devoto del Santísimo Sacramento.

Tenía el Santísimo Sacramento en su oratorio, y se dice que, cuando podía, pasaba en él parte de la noche en oración. En otras circunstancias, como durante el destierro en Gaëta, llevaba con él el Santísimo Sacramento. Era su principal devoción, su devoción más sensible, a la que dedicaba toda su veneración. Cuando decía la Misa, se le veía absorto. Cuando alguien la celebraba ante él, ofrecía también un testimonio de gran respeto. Seguía todas las actitudes que los fieles deben seguir, pero su mirada estaba siempre fija en el sagrario y en el altar en el que Jesús se inmolvaba.

Pues bien, Hermanas, estas tres devociones, la oración, el Oficio y el Santísimo Sacramento, ¿no son las de una Religiosa de la Asunción?

Quisiera también decir algo sobre las relaciones de Pío IX con los hombres. Sus palabras se elevaban siempre hacia el cielo. Ninguna conversación tenía mayor encanto, mayor seducción que la suya; pero sabía siempre mezclar palabras de fe, que elevaban al alma y hacían bien al alma. «El agua de la naturaleza, me decía un día Monseñor de Ségur, corre por la tierra; sólo con medios artificiales es como se la eleva del suelo». A nosotros nos ocurre lo mismo: nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras conversaciones descienden fácilmente hacia las cosas de la tierra; en Pío IX, por el contrario, sus palabras, guiadas por la gracia, se elevaban siempre hacia el cielo. Mirad las numerosas alocuciones que ha pronunciado; ¡qué llenas están de verdad, qué llenas están de fe, qué llenas de ideas de salvación!

¡Ah! Hermanas, he aquí la gran lección que una Religiosa de la Asunción debe aprender de Pío IX. Si cada una de vosotras pudiese llegar, al menos, por medio de la oración y por medio de la gracia de los retiros, a que todas sus palabras se eleven hacia Dios, y siempre aporten a las almas algo celestial, ¡cuánto bien haría a su alrededor!

No quiero decir con esto que tengáis que ser predicadoras. No, no hace falta predicar; una persona predicadora se hace insoportable y cansa a los demás; pero cuando el corazón está penetrado por el amor a Dios, las palabras corrientes están llenas de fe y se elevan hasta el cielo. Si hay una gracia que necesitamos buscar y pedir, es precisamente ésta. Lo que os he dicho al principio, el amor a la verdad, el amor a la Iglesia, el amor a las almas, son los cimientos de esta gracia; el espíritu sobrenatural en las obras es su manifestación.

Las palabras de Pío IX tenían otras tres características que quiero también proponer para que podáis imitarlas: la bondad, la alegría, la franqueza. El Santo Padre era siempre amable. Una noche en que le dolían mucho las piernas, y que su camarero, se retrasaba mucho en traerle lo que podía aliviarle, Pío IX solamente le dijo: «Il Signor Carlo» se toma su tiempo. Nunca se le oyó una palabra de queja a pesar de sus grandes sufrimientos. Aceptaba todo con amabilidad, con bondad, con alegría. Era vivo en sus réplicas, vivo en su franque-

za, porque era siempre auténtico. Nunca, ni siquiera para suavizar una verdad, dijo nada que no fuera exactamente lo que pensaba. La franqueza estaba en sus labios lo mismo que en su corazón.

Así es como Pío IX pervive en mi recuerdo; así es como me gusta describíroslo hoy. Aunque se hallaba en una situación muy por encima de la nuestra, podéis observar que tenemos grandes lecciones que aprender de él. Sin duda todos los días conoceremos algo más de él; cada día conoceremos rasgos ocultos de su bondad, de su generosidad, y posiblemente de su austeridad.

Mientras tanto, al mismo tiempo que rezamos por él, como nos obliga el agradecimiento, pidámosle también que nos conceda las virtudes que le han hecho tan santo. Hemos nacido, por así decir, bajo su pontificado. Cuando comenzamos en 1839, todavía no era Papa; pero su reinado es el que ha visto el desarrollo y la aprobación de nuestra obra. Sería de desear que su espíritu marcara nuestra Congregación y que se nos pudiera siempre reconocer como hijas de un Instituto al que él concedió la aprobación y al que elevó así a estado adulto y perfecto.

24 de febrero de 1878

El espíritu de la Asunción - II

**Adoración de los derechos de Dios.
La Santísima Virgen en la Asunción.**

Mis queridas Hijas,

Buscando cuál era el sello más característico de nuestro Instituto, me detuve ante esta idea: que siempre y en todo nuestro proceder, debemos ser adoradoras y celadoras de los derechos de Dios.

Hay ahí algo tan solemne, tan grandioso, que, para no dejaros ni un solo instante con la impresión de una majestad abrumadora, quiero enseguida recordaros que [la adoración y el amor son una misma cosa. La adoración es el amor mayor, más ardiente que puede caber en el corazón del hombre: amor al que acompaña un profundo respeto y un homenaje supremo.] Cuando se dice en el lenguaje humano: «Te adoro», es decir: «Te amo por encima de todas las cosas». Es una idolatría atreverse a decir esto a una criatura; pero no es menos verdad que el amor es el principio de la adoración, y os pido que lo recordéis en todo cuanto pueda deciros a propósito de esto.

Al amar a Dios por encima de todas las cosas y en todas ellas, al amar a la Iglesia y al amar a las almas, se reconocen verdaderamente los derechos de Dios, de los que debemos ser, me parece, las adoradoras y los apóstoles. Cuando Nuestro Señor hablaba con la Samaritana, le dijo: «Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren» (6).

(6) Jn. 4, 23.

Pues bien, Hermanas, es a vosotras a quienes busca, a vosotras que al haber sido fieles a vuestra vocación, ahora pertenecéis a una Congregación en la que [el amor debe llegar, en todo, hasta la adoración] de tal manera que todas vuestras obras, todas las acciones interiores y exteriores de vuestra vida, puedan elevarse hacia Dios y que, por un sentimiento de adoración, de respeto a los derechos de Dios, os olvidéis de vosotras mismas para adorar, para amar y para dar siempre a Dios el puesto que debe tener, borrando cada vez más el puesto de la criatura.

Sois hijas de la Asunción. Este misterio que es más del cielo que de la tierra, es un misterio de adoración. La Santísima Virgen, al dejar la tierra y al elevarse al cielo, va a rendir a Dios el honor supremo. ¡Qué honor, en efecto, para Dios, el día que María, al entrar en el cielo, le rindió el mayor culto que una criatura puede rendirle, el de la adoración!

En María, todo fue adoración; nunca ha menoscabado ni desestimado ningún derecho de Dios. Sin mancha en su concepción, siguió sin mancha toda su vida, y todos sus instantes no han sido más que otro tanto de actos de culto rendidos a la divina Majestad. No solamente eran inocentes y puras sus acciones, sino que eran plenamente santas y rendían gloria a Dios con una intensidad de amor, de adoración, de respeto y de humilde servicio como ninguna otra criatura pudo jamás alcanzar. Si, pues, alguna vez ha existido una adoradora en espíritu y en verdad, ha sido, sin duda, la Santísima Virgen. Y cuando al dejar la tierra recibió la plenitud de la gracia, es decir, la gloria, subió al cielo para permanecer en adoración y en amor eternamente.

Se dice en el Apocalipsis que los veinticuatro ancianos postrados ante el trono de Dios, depositan las coronas a sus pies y repiten sin cesar: ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo! (7) La Santísima Virgen, reservando su corona, que es el honor de su Hijo, la deposita a los pies de Dios, con más razón que ningún otro, con un sentimiento incesante en su

(7) Ap. 4, 8-10

corazón. Reconoce, sin cesar, todo lo que ha recibido, se lo devuelve todo a Dios, se anonada ante Él, y le adora en la eternidad de un modo infinitamente más perfecto que como lo hiciera en la tierra. Y, desde lo alto del cielo, conquista las almas y forma, en las hijas que a ella se entregan, otras adoradoras que seguirán sus huellas.

Nuestra Regla empieza por estas palabras: «Ante todo, mis queridas Hermanas, que Dios sea amado, después, el prójimo». Si este prólogo fue o no parte de la primera Regla, dada a las Religiosas por san Agustín, poco importa; por orden de Dios y de su Iglesia, encabeza nuestra Regla para resumirla.

La fórmula normal de la mayoría de los Institutos dice, que sus miembros trabajen en su perfección, y que realicen una u otra cosa, según el objeto que se proponen. También nosotras, Hermanas, debemos trabajar en nuestra perfección, y nuestra Regla quiere que lleguemos a esta perfección, por la grandeza y por la pureza de nuestro amor. Dilatar los corazones, purificarlos, hacer todas nuestras obras con caridad y rendir a Dios, por Jesús y por María, todo el culto que pueda rendirle, el mejor empleo posible de todas nuestras facultades. He ahí cómo podremos ser verdaderas adoradoras y verdaderas Religiosas de la Asunción.

3 de marzo de 1878

El espíritu de la Asunción – III

Fe, amor a la verdad.

Mis queridas Hijas,

No es fácil explicar el espíritu de la Asunción tal como lo siento. Ver, sentir interiormente la unidad a la que se refiere todo un conjunto es más fácil que explicarlo. Quisiera que otra persona pudiese hacerlo, pero no veo quién. Os daré sencillamente las luces que reciba de Dios, pidiéndoselas en la oración. Quizá al reunir las se podrá hacer un conjunto.

Según mi pobre manera de concebir, el primer derecho de Dios es que se le crea cuando habla, y el primer deber del hombre es recibir la palabra de Dios con un profundo respeto y con una fe grande. Comprendéis que si este es un deber general para todo cristiano, nosotras debemos ir más lejos: debemos responder por la adoración y por el amor a la palabra por la que Dios se da a conocer. Que esta sea la base y el principio, lo captáis sin dificultad. ¿Cómo conoceríamos a Dios, cómo sabríamos lo que le debemos, si no nos lo hubiese dicho nunca? ¿Qué unión habría entre Dios y su criatura, si Dios no le hubiese hablado? Sin duda ninguna, Dios ha dado al hombre facultades con las que puede conocer algunas verdades del orden natural, sobre Dios, sobre el hombre, sobre sus relaciones con Dios, etc., pero, ¡con qué trabajo y con qué mezcla de incertidumbre y de error!

El mayor esfuerzo de la mente humana respecto a esto, lo ha realizado la antigua filosofía. En medio de pensamientos elevados, bien distintos de las ideas abyectas en que hoy está cayendo la filosofía materialista, ¡cuántas contradicciones, cuánta incertidumbre! ¡Qué de

pobres e imperfectos conceptos sobre Dios, sobre la creación, sobre la vida futura! Y también los sabios del mundo antiguo estaban esclarecidos, en cierta medida, por la tradición de las verdades reveladas por Dios a Adán y por las luces que los judíos, depositarios de la palabra divina, aportaban en las distintas regiones del mundo donde se habían dispersado.

Para nosotras, no existe la duda ni la angustiada búsqueda: Dios nos ha hablado. Ha hablado al principio del mundo, ha hablado a los patriarcas, a los profetas; y el conjunto de esta enseñanza, dictada por el Espíritu Santo, es lo que constituye el tesoro del Antiguo Testamento. Después, Dios ha dado al mundo a su Hijo único. Jesucristo ha venido a la tierra para comunicarnos toda verdad, para enseñarnos todo lo que necesitamos conocer y practicar. En fin, nos ha dejado a su Iglesia que guarda su palabra divina, y que nos la explica con la luz de lo alto. Otros han buscado la verdad, nosotras la poseemos plena, completa, que ha descendido del cielo para nosotras, y que está pronta a aumentar sus luces a medida que más la estudiemos y más la amemos.

¿Qué dar a Dios por un beneficio tan grande? La fe. - Pues bien, la fe es la primera característica del espíritu de la Asunción; y si lo es para todos, para nosotras tiene que serlo de un modo especial, según el grado en que nos dejemos penetrar por ella. Para ser verdaderas hijas de la Asunción, es preciso que nuestra fe sea firme, ardiente, que anime todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones, todas nuestras relaciones, tanto de fuera como de dentro, y que se convierta en la atmósfera de nuestras almas.

Pero este carácter corresponde a otros... Sí, sin duda, y tengo que prevenirlos que esto ocurrirá con frecuencia en todo lo que voy a decirlos. No habrá nada de especial, ya que nuestro espíritu consiste en enriquecernos con el espíritu de la Iglesia. Con tal de que este espíritu resplandezca en nosotras, debemos desear y debemos alegrarnos de que brille en muchos otros Institutos y en muchas almas.

No necesito decirlos que la fe es una virtud sobrenatural, infusa en nosotros por el bautismo; la voluntad libre del hombre acepta este precioso don. Lo que tenemos que buscar, son los medios de desarrollarlo en nosotras. Ante todo, hay que creer sencillamente todo lo que cree la Iglesia, y por el verdadero motivo de la fe, es decir, que es Dios quien nos habla, y que la Iglesia está movida por el Espíritu Santo en todo lo que inspira y en todo lo que propone.

Tenemos que odiar todo lo que está fuera de la vida de la Iglesia y de la fe, todo lo que se aparta, por poco que sea, de la enseñanza católica; no amar lo extraordinario, y, en todo lo que se refiere a la doctrina, ir siempre a lo más seguro. En la lectura, en el estudio, hay que buscar lo sólido. Toda una vida no basta para leer todos los libros buenos; dejemos los dudosos; leamos los que instruyen y nunca confunden. Tengamos preferencia por los selectos, y tratemos de llegar así, a formarnos un criterio que no acepte el error, y unos oídos que no puedan soportarlo.

Además, bien lo sabéis, en el corazón es donde se ejercita la fe que hace justos; tratemos de inflamarnos en el amor de la verdad divina.

Hace un momento, os hablaba de las incertidumbres por las que, grandes almas, han pasado en la búsqueda de la verdad. Nuestro Padre san Agustín ha sido una de esas grandes almas. Aunque nacido entre católicos, erró de una enseñanza a otra y de una secta a otra, y pasó por todas las filosofías, por todas las opiniones. En todas partes no encontró más que pobreza, miseria, contradicciones, sufrimientos para la inteligencia y para el alma; y así es como, vuelto a la fe, concibió por la verdad que poseía al fin, por la verdad que se le había concedido captar, con toda la magnitud de su genio, por la verdad hacia la que se lanzaba con tanto ardor, concibió, digo, ese amor que resplandece en todas las páginas de sus escritos. Leed cualquier página de san Agustín, y veréis cómo siempre se percibe el amor a la verdad, el amor a la doctrina divina, el amor a Dios revelado al hombre.

Respecto a esto, tenemos que ser hijas suyas, y es importante que el espíritu de adoración, que debe ser específicamente el nuestro, nos haga recibir la palabra de Dios y las enseñanzas de la fe con amor ardiente; tenemos que dejarnos penetrar por él de tal modo, que nuestras ideas estén dirigidas más por los criterios de la fe que por los criterios humanos y que, poco a poco, lo invisible domine en nosotros a lo visible. En eso consiste nuestro progreso.

Una religiosa que ha vivido largo tiempo en la Asunción debería ser una persona en la que los pensamientos de fe dominen a todos los demás y le hagan presente lo invisible: Dios, que llena esta habitación, y a quien no vemos; los Ángeles que nos custodian, que nos dirigen, y que no vemos; el bien infinito de la Redención, lo que la Iglesia nos da para aplicar esta Redención a nuestra alma, y que no vemos; el mal infinito del más pequeño pecado, que no vemos. He aquí la vida de fe, que debemos hacer crecer todos los días, que debemos hacer fructificar, de tal modo que todo lo revelado, lo que es cierto, lo que es Dios, invada cada vez más nuestra alma y sustituya a todo lo que es humano, transitorio, pasajero.

La Regla dice: «Que prevalezca sobre las necesidades que pasan, la caridad que permanece». Diría también, que es preciso que la verdad, que no pasa, prevalezca sobre la verdad aparente que pasa, de modo que lleguemos a las puertas de la eternidad, iluminadas ya por la luz eterna. Entonces el paso será fácil.

Me gustaría decir aquí que esto es lo que he visto, para consuelo mío, junto al lecho de muerte de muchas hermanas nuestras. La luz de la eternidad ya había invadido sus almas; ya se había abierto a la claridad que no tiene fin y se había apartado de las luces falsas que oscurecen esta vida, en vez de iluminarla, y a menudo la llenan de vana ocupación.

No sé si empleo expresiones bastante enérgicas y bastante claras para haceros comprender de qué modo este espíritu de fe forma parte del espíritu de adoración. San Agustín dice que no debemos

menos respeto a la Palabra de Dios que a su sagrado Cuerpo; bajo el velo de la palabra se entrega a nosotros, lo mismo que bajo los velos eucarísticos.

Sabéis que se incienso el libro de los santos Evangelios; sabéis también que se ha dicho de la Santísima Virgen, respecto a los misterios de Nuestro Señor, que «conservaba todas estas cosas y las meditaba de corazón» (8). Haced como ella, Hermanas, venerad todo lo que es palabra de Dios y todo lo que pertenece a la fe; acogedlo como un tesoro y meditadlo en vuestro corazón.

Alguien, que no era un santo, decía que cada palabra del Evangelio debía pesarse, como el usurero pesa sus monedas de oro. En efecto, es el oro de la verdad divina lo que nos aporta cada una de las palabras del Evangelio; y, si las pesáis así, ¿cómo penetrarán en vuestro corazón! ¿cómo trataréis de aplicarlas a todos vuestros sentimientos y a toda vuestra vida! He aquí un campo inmenso abierto a la meditación. Si, con frecuencia, tenemos tantas distracciones en ella, es porque no se da bastante importancia a dejarse penetrar profundamente por el Evangelio.

Tened también otro ardor, -porque la adoración es algo ardiente, es el amor que se inflama, ante las cosas de Dios:- desead conocer lo más posible la verdad divina y no esas verdades que son objeto de curiosidad para los hombres.

Aun cuando no supieseis bien cómo se analiza tal sustancia, cómo se forma tal gas, eso no tendría importancia, son conocimientos humanos. No los desprecio, pero no son ni de precepto, ni del dominio de la verdad divina. En cambio, no llegaríais a saber bastante lo que pertenece a la revelación, lo que hace conocer más a Dios y a sus atributos; la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Nuestro Señor Jesucristo, la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad; en una palabra, todo lo que pertenece a las verdades que enseña la Iglesia católica.

(8) Lc. 2, 19

Cuánto más sedienta esté vuestra alma de este orden de conocimientos, cuánto más deseéis instruiros en la doctrina de los Santos y saber lo que la Iglesia aprueba, para caminar siguiendo sus pasos, y agradar a Jesucristo, tanto más seréis Religiosas de la Asunción. Una parte del ardor de vuestra fe, del ardor de vuestra adoración, es amar este orden de verdades. Para ello os ayudará la oración, que os hará profundizar en la doctrina de Jesucristo, que os abrirá los ojos del alma y que la purificará, para que Dios derrame en ella su luz.

Expresamente hoy os hablo sólo de la doctrina de verdad, sin hablaros aún de Aquél que es la verdad misma y del que hablaremos en otro momento. Me detengo, pues, en esta doctrina, y os digo que tenéis que amarla, que debéis acceder a ella con espíritu de adoración, con fe, con fervor, que os hagan desear conocerla más, realizarla lo más posible en vosotras y hacerla vivir en el alma; en fin, que debéis meditarla con una atención tan grande y un respeto tan profundo que, en cierto modo, se encarne en vuestra vida.

No puedo decir estas cosas más que de un modo imperfecto; completadlas vosotras mismas en la meditación; ved cómo esta característica de la fe es el carácter propio de nuestro espíritu, de qué modo debe actuar en nuestra vida, transformar nuestro entendimiento, llenar nuestros afectos y darnos para con Dios un amor nuevo. ¡Cuántos hombres han vivido sin tener la plenitud de conocimientos que nosotras tenemos! ¿Por qué vosotras y yo hemos sido escogidas? ¿Por qué se nos ha llamado a una Congregación que nos da medios para instruirnos, en lo posible, en la verdad divina? ¿Lo hemos merecido? No, sin duda alguna, se nos ha tratado así, por una especial bondad de Dios. Tenemos, pues, que agradecer a Dios este beneficio, adorarle, bendecirle y amarle aún más.

Algunas veces se dice que los derechos de Dios nos abruman. No lo he podido nunca comprender. Me parece, por el contrario, que cada uno de los derechos que Dios ejerce sobre nosotros es un derecho de amor y de misericordia. El derecho a que le creamos, ¿es acaso un derecho que abruma? ¿No es, por el contrario, un derecho que nos eleva y que nos enriquece? Si Dios no nos hubiera impuesto la fe

¿dónde iríamos, pobres y miserables criaturas? A merced de todas las doctrinas como hizo san Agustín en sus errores. ¿No es demasiada felicidad creer lo que nos da luz en este mundo y gloria en la eternidad? El preludio de la eternidad, es creer cada vez más en Dios y en Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo nos lo enseña: «La vida eterna, dice, es que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (9). Jesucristo es el enviado del Padre; conocerle, es poseer ya en este mundo el conocimiento de la vida eterna.

Amemos, pues, a nuestro Instituto que, de tantas maneras, nos recuerda el espíritu de fe, y nos da muchos medios para enriquecernos con él.

(9) Jn. 17,3.

10 de marzo de 1878

El espíritu de la Asunción – IV

Conocimiento y amor a Jesucristo.

Mis queridas Hijas,

Hemos hablado la última vez del amor ardiente a la verdad que, desde el corazón de san Agustín, debe descender al nuestro para inflamarlo; pero, a propósito, no os he hablado del que es la verdad misma y el objeto propio de todo el ardor de nuestra adoración y de nuestro amor, Nuestro Señor Jesucristo. Sentía que no tendría tiempo para deciros lo que debe ser para nosotras.

Hoy no sé cómo expresarlo, porque ahí está la vida de nuestra Congregación. El amor a Jesucristo y a la Iglesia es su carácter principal. Me diréis quizá que en esto no tenemos nada que sea propiamente nuestro. Por otra parte puede que haya algo de específico, es decir, que además de este amor, que es la esencia de toda la vida religiosa, haya algo que sea propio del Instituto. No es ese nuestro caso. Nuestro amor debe ser aquél con el que, desde el principio de los tiempos, Nuestro Señor Jesucristo ha iluminado a su Iglesia. En este aspecto, todos los doctores, todos los religiosos, todos los santos de todos los tiempos tienen algo que enseñarnos; no nos limitemos a las enseñanzas de una Orden especial.

He aquí también, uno de los rasgos admirables que encontramos en san Agustín. Este gran Doctor tiene un corazón tan amplio como la Iglesia, un espíritu amplio también como ella; no hay en él nada de especial ni de exclusivo. Esto, Hermanas, es otra de las características de nuestra Congregación. Debemos tener un espíritu católico, y universal. Uno de nuestros Padres y amigos,

Monseñor Gay, decía hablando de nosotras, que éramos una Congregación católica por excelencia. Esto es lo que debemos desear conservar siempre, es decir, este espíritu católico, inspirado en la devoción tan amplia, tan generosa, tan eclesial del gran san Agustín, que sirvió y amó siempre a la Iglesia con tal amplitud de corazón.

Ahora, queridas Hijas, ¿cómo encontrar las expresiones para mostraros lo que debemos ser para Nuestro Señor y lo que Nuestro Señor debe ser para nosotras? Emplearé expresiones consagradas por la Iglesia. Mientras que a todo cristiano le dice que sólo está en este mundo para conocer, amar y servir a Dios, yo os diré que cada una de vosotras, al entrar aquí, ha entregado su vida para conocer, amar y servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo, y para hacerlo conocer, amar y servir.

En el fondo, la diferencia entre la vida cristiana y la vida religiosa está en ese perfectamente. No hay dos Evangelios. El Evangelio que se ofrece a todos los cristianos es también el que se da a las almas religiosas; pero estas lo abrazan con adoración y con amor, mediante una elección y una llamada misericordiosa de Nuestro Señor. Van a su encuentro, le dan la mano y les dice que nada les parece demasiado duro ni demasiado costoso en lo referente a su servicio; que quieren abrazarlo todo, que quieren ser tan pobres, tan obedientes, tan amantes, tan puras, tan evangélicas como les sea posible, y que no pondrán límite a la entrega de sí mismas; que quieren trabajar en su perfección según su Regla y con la gracia de Dios.

Dios es un padre lleno de bondad; la Iglesia es una madre buena que a todos da dones excelentes. El Evangelio está en manos de todos, pero sólo un pequeño número tiene verdadera voluntad de realizar lo que Nuestro Señor dice: «Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres,... luego ven, y sígueme» (10). Esa es la vida religiosa; está contenida toda entera en el Evangelio, de tal modo, que hay una Orden en la Iglesia que hace voto de observar el

(10) Mt. 19, 21

santo Evangelio en pobreza, en castidad y en obediencia. Esta Orden es la de san Francisco.

Pero, volvamos a nosotras. ¿Qué es conocer perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo? Ya hemos dicho algo de esto al hablar de esa necesidad del alma que quiere conocer más y más la verdad y sobre todo, la verdad divina.

Hay dos maneras de conocer a Nuestro Señor: una es la enseñanza religiosa que se recibe con amor y de la cual se está ávido; la otra es la atención del alma a Jesucristo, el gran concepto que tiene de Él.

Respecto a lo que nos enseña la fe, sabéis perfectamente que Nuestro Señor Jesucristo es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Sabéis también que, de toda la eternidad, el Verbo es la alegría del Padre, que Dios se complace en el conocimiento que tiene de todas las cosas en su Hijo Único. El Verbo es la sabiduría del Padre, su amor, y de este amor del Padre y del Hijo procede, desde toda la eternidad, el Espíritu Santo.

Sabéis también que al principio del mundo, la Santísima Trinidad actuó en la creación. El Padre es el creador, pero lo ha creado todo por su Verbo; y piensan algunos intérpretes que cuando creó al hombre tenía presente la imagen del Hombre Dios, Nuestro Señor Jesucristo, y la de la Virgen, su madre, destinados a nacer en la plenitud de los tiempos, incluso si no hubiese existido el pecado. El hombre ha sido creado según este modelo admirable del Verbo Encarnado. Al crear al hombre Dios le dio una naturaleza con facultades aún no dañadas por el pecado, para poder conocerle; al mismo tiempo, el Señor; infinitamente bueno, derramaba en él la gracia, lo hacia hijo de Dios, destinado a poseer la vida eterna y la visión divina.

En nuestras relaciones con Nuestro Señor, no olvidemos, por lo tanto, lo que es como Dios, como Verbo Divino, gozo infinito del Padre, vida eterna, creador y nuestro primer bienhechor, que, al dar-

nos la naturaleza, nos dio también la gracia. Pero, esto no es todo: el hombre cayó, llegó el pecado que separó al hombre de Dios. En su infinita misericordia, Dios prometió que su Hijo Único vendría como redentor. Jesucristo al descender al mundo, no viene únicamente para que el hombre le conozca y le ame; viene para rescatarle, y para devolverle la esperanza.

Debemos profundizar todos estos pensamientos, pues cuánto más veamos en Jesucristo lo que es como Dios, más nos impresionará lo que es como hombre, su nacimiento, su infancia, su vida oculta, su vida pública, sus enseñanzas, sus sufrimientos.

Así es como el alma se pone en contacto con Jesucristo como creador y como redentor; es lo primero que tiene que estudiar, el primer conocimiento que puede adquirir; pero esto no basta, y, después de esta reflexión sobre Jesucristo, es necesario que el alma esté atenta a Jesucristo, que se ocupe íntimamente de Jesucristo.

¿Creéis que bastaría para conocer a Nuestro Señor el saber lo que es, lo que ha sido, lo que ha hecho, sin que el alma estuviese penetrada de amor, sin el recogimiento, sin un esfuerzo hacia la unión? No, esto no sería conocer bien a Nuestro Señor. Después de decirnos que tenéis que estudiar a Nuestro Señor Jesucristo, os diré, pues, -perdonadme la expresión- que tenéis que vaciaros de todo lo que no es conforme a Él.

Cuando otros muchos pensamientos, otras preocupaciones, otras inquietudes, quieren llenaros el espíritu, tenéis que decirnos: «He sido creada para lo eterno, Dios me ha dado a su Hijo único para que llene mis pensamientos, para que sea la admiración de mi espíritu; ¿querría, pues, ocuparme en calcular durante horas, días y noches, tal y tal obstáculo, tal y tal dificultad? Si, después de haber actuado con la prudencia que puedo, se lo confío a Dios ¿me abandonará Dios? ¿Qué ventaja, hermanas, al llenar así nuestro espíritu de Jesucristo! Es una fuerza para arrancarnos de tantas pequeñeces, que tienen tanta influencia sobre nosotras, y para refugiarnos en un conocimiento más alto y una ocupación

más digna para nuestra alma inmortal, creada a semejanza de Dios.

No solamente hay que desprenderse, sino que es preciso que nuestra atención sea amorosa y fecunda, pensando que Nuestro Señor no está lejos de nosotras, tratar de imitarle y de ponerse, a menudo, en su presencia. Hay que empezar siempre por ahí en la vida espiritual, pues [no hay vida interior posible si no se empieza por estar atento y por ser fiel a Nuestro Señor Jesucristo, que habita en lo profundo de nuestras almas por la gracia, en el Santísimo Sacramento por la presencia real y que nos ha dado ejemplos para que los tengamos sin cesar ante nosotros y para imitarlos.]

Si la hermana que pinta, cuando hace un cuadro mirase al vacío en vez de mirar a su modelo, si no lo mirase más que de lejos y de un modo vago y general, no haría nada que se le pareciese. Lo mismo, para conocer a Nuestro Señor y para formar en nosotros su imagen divina, hay que acercarse a Él y esforzarse en escucharle. Recuerdo que en mi juventud me habían hecho copiar el busto de Sixto V bajo cinco o seis aspectos, de manera que había llegado a saberme a Sixto V de memoria. Eso no me servía para nada, mientras que nosotras necesitamos contemplar así a Nuestro Señor en nuestro interior, para llegar a imitarle en sus diferentes aspectos.

Por eso la Iglesia nos lo presenta unas veces en su infancia, otras en su vida oculta, otras en su vida pública en sus sufrimientos, pidiéndonos que le imitemos en sus diversos misterios. Así, cuando nos presenta sus sufrimientos, como en Cuaresma, nos exhorta a la mortificación; cuando nos muestra su infancia, nos pide que entremos en su espíritu de humildad y así sucesivamente, porque de este modo, podemos adquirir un mayor conocimiento de Jesucristo.

De la atención hay que tratar de pasar al recogimiento. Hay aquí algo más. Nuestro Señor habita en nosotras por su gracia; y si el alma se sosiega, se serena, si, con frecuencia, entra en sí misma, si se dispone bajo la acción del Divino Maestro, que es la acción del Espíritu Santo, ya que el Espíritu Santo es el espíritu de Jesucristo, el alma conocerá

más todavía a Nuestro Señor Jesucristo. Hay ahí, en lo profundo del alma y en el recogimiento, un conocimiento que no podemos conseguir de otra manera, un conocimiento que vivifica todos los otros y que pronto sobrepasa todos los que podáis haber adquirido.

En fin, llego a la unión con Nuestro Señor Jesucristo; ahí tiene que conducimos la atención y el recogimiento. Una persona unida a Nuestro Señor, al menos por momentos, está siempre en su mano, hace de ella lo que quiere, y entonces esa persona puede decir: «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (11).

He aquí la meta a la que vosotras, religiosas de la Asunción, tenéis que tender. He aquí el conocimiento perfecto que os indicaba antes. Todo cristiano está obligado a conocer a Dios y a Jesucristo su enviado, pero pocos cristianos en el mundo hacen lo que acabo de decir. Si lo hacen, están en disposiciones admirables según su estado. Ha habido santos de todas las modalidades, es verdad; los ha habido en el matrimonio, los ha habido en el trono, los ha habido entre las gentes del campo; pero, en general, las almas, que no viven en estado de perfección, no tienen este conocimiento del que acabo de hablar, conocimiento que emana de ese esfuerzo, por escuchar a Jesucristo por encima de todo, luego por la atención continua del alma, por el recogimiento, en fin, por la unión.

Como Religiosas de la Asunción, debéis tender a esa perfección de vuestro estado, a la unión a Nuestro Señor, pero a una unión que sea real e íntima. Ello es fruto de un largo trabajo. No se llega a la unión sin un gran esfuerzo; no se llega a que el espíritu esté recogido y totalmente bajo la dependencia de Nuestro Señor, sin haberse esforzado mucho. Dios puede, en un instante, introducirnos en esa unión, por medio de la oración de quietud o de unión, pero después hay que seguir trabajando para mantener su gracia.

Las que, en los comienzos, crean que ya han llegado vivirán en la ilusión; las que al fin, lo han conseguido deben estimarse muy dichosas;

(11) Ga. 2, 20.

porque es una gran dicha, después de haber trabajado mucho tiempo, llegar a un estado en el que Nuestro Señor Jesucristo es el maestro absoluto y soberano, estado en el que todo lo que Él pide se realiza, en el que el alma, completamente dócil en sus manos y con amor ardiente, se mantiene realmente a sus pies, como Magdalena, en ese santuario interior donde Dios habita.

24 de marzo de 1878

El espíritu de la Asunción - V

Servir a Jesucristo en el trabajo y en la obediencia.

Mis queridas Hijas,

Aunque hoy vayamos a oír la palabra de Dios, no quiero estar más tiempo sin proseguir lo que habíamos dicho sobre el espíritu de la Asunción.

Me parece haberos mostrado la última vez, que conocer perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo es conocerle con la mayor perfección posible por medio del estudio, por medio de la ciencia divina y también, de un modo más santo, más sobrenatural, por la atención, el recogimiento, la unión del alma a su divina presencia.

Hoy quisiera hablar sobre lo que es servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo. Nos hemos considerado, en primer lugar, como criaturas hechas a imagen de Dios; ahora tenemos que considerarnos como quienes están a su servicio; porque, si estamos destinadas a ser hermanas de los Ángeles, por nuestra alma creada a imagen de Dios y por nuestro entendimiento creado para llenarse del conocimiento divino, tenemos también un cuerpo, una misión que cumplir, facultades para ejercitar, y algo que hacer en este mundo.

Incluso antes del pecado, se le había impuesto al hombre el trabajo. Dios le dijo que le colocaba en el paraíso terrestre para que lo trabajase: cuánto más después del pecado, cuando Dios condenó al hombre a comer el pan con el sudor de su frente, se convierte el trabajo en una ley de la naturaleza humana. Sin duda, es un trabajo tratar de conocer a Nuestro Señor; pero eso no basta, hay que servirle con

toda perfección. Y ¿cómo? Con el trabajo; porque, ¿qué sería una sierva que no trabajase? Hay que ser, por lo tanto, diligentes, trabajar para servir a Dios en todo lo que se presenta, y santificar su trabajo ofreciéndoselo a Dios.

Cada una de nosotras tiene su parte de trabajo. La que está en la cocina, se esfuerza en preparar los alimentos; las que limpian el monasterio, mantienen el orden, se ocupan de los cuidados necesarios de la vida de la comunidad; todas las que sirven a las niñas, las que están en la portería, las que cosen, las que bordan, las que dibujan; las que tienen el trabajo tan cansado de cuidar, de atender o de enseñar a las niñas, encuentran en sus ocupaciones un medio de servir a Dios; pues todo esto es un trabajo que se hace para servir a Jesucristo, que un día podrá deciros: «¡Bien, siervo bueno y fiel!; has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor». (12).

¿Qué es ganar talentos? No es más que el uso que hacemos de cada una de las facultades que se nos han dado para servir a las almas y atraerlas a Jesucristo. Aplicaos, pues, hermanas, en trabajar con ánimo, con confianza y con generosidad. Santificad vuestro trabajo con la oración; trabajad siempre para Dios, nunca para vosotras mismas.

Llego aquí, a la segunda cualidad que debe tener una sierva, esposa de Jesucristo, que quiere servirle con toda perfección; es el trabajo santificado por la obediencia y la obediencia que se entrega al trabajo. He aquí lo que va a determinar la vida entera de una Religiosa.

Algunas Reglas aplican a las almas obedientes este versículo de los Salmos: «Hacia ti levanto mis ojos, Señor, como los ojos de una sierva están fijados en las manos de su señora». (13). Esto quiere decir que al menor signo, que a la mínima voluntad de Dios, el alma está siempre dispuesta. Y ¿a qué? A acudir, a emplearse, a hacer una cosa u otra,

(12) Mt. 25, 23.

(13) Sal. 123, 1-2.

en fin, a darse por entero. He aquí lo que Nuestro Señor espera de nosotras. Obedecer en todos nuestros actos, obedecer puntual, pronta y alegremente; dar a todos nuestros actos el mérito de la obediencia, este es el verdadero servicio que nos pide. Si dormimos, es la Regla la que marca el tiempo de nuestro descanso; si comemos, también lo marca la Regla; si nos ocupamos de las niñas, si tenemos un empleo u otro, todo está regulado por la obediencia.

Véis con esto cómo el perfecto servicio a Jesucristo se encuentra en una persona que obedece, que es fiel y generosa en las cosas más pequeñas, que tiene los ojos fijados en Dios para hacer su voluntad, y que todo lo hace con esta intención. Se vuelve al trabajo, se enseña, se hace una cosa u otra; pero siempre se le dice a Dios: «Dios mío, lo hago, porque es tu voluntad; deseo obedecerte al hacerlo. Me someteré por completo a la obediencia y no buscaré aquello que siento como el ideal de mi mentalidad».

Aquí tengo que señalar un peligro. Cada una de nosotras tiene su propio criterio, sus ideas personales; y si, al margen de la obediencia, se busca el concepto del bien tal como existe en nosotras, se puede hacer una obra buena en sí; pero eso no es servir perfectamente, porque el que sirve realiza el bien exactamente como se lo piden. Cuando se construye una catedral, y el plano indica formas redondas, ¿qué sucedería, si a un obrero se le ocurriese hacer una ojiva en medio de esos círculos? Esa ojiva podría ejecutarse con gran maestría, pero estropearía un edificio de estilo románico. Del mismo modo, vuestra idea personal podría ser buena, admirable, el día que tengáis la responsabilidad de proponerla y en un contexto; pero en cualquier otro momento, si queréis servir perfectamente a Nuestro Señor, no tenéis que actuar según vuestro criterio, sino según la obediencia que coordina todo vuestro trabajo, desde el principio hasta el fin.

Insistiré en una tercera característica que me parece muy propia del espíritu de la Asunción: el desinterés. Cualquiera que trabaje para Dios, debe ser muy desinteresado de sí mismo. No tiene ninguna importancia que se piense que hacéis las cosas bien, que tenéis razón, que realizáis un trabajo brillante; puesto que es a Dios a quien

servís, es preciso que vuestro trabajo esté presidido por un gran desinterés. No buscáis un fin personal, vuestro ideal es más alto, queréis servir perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo: ¿qué más os da, pues, servirle perfectamente en una cosa o en otra?

Ved cómo el desinterés conduce a la perfección religiosa. Ya no hay empleo, ya no hay consentimiento, ya no hay razón, en cierto modo, que influya en un alma que, al haber pasado por el conocimiento a la imitación de Nuestro Señor, e incluso a la unión con Él, llegue por la obediencia a una dependencia continua, a un deseo ininterrumpido de ofrecer su trabajo a Nuestro Señor en un desinterés completo de sí. Es, en cierto modo, el comentario de lo que decís en el acto de amor: «Dios mío, te amo sobre todas las cosas y mucho más que a mí misma».

Para llegar a la práctica, daos cuenta que, para amar a Dios más que a una misma, no se trata de considerar cuáles son los fines que el trabajo tiene para nosotras, sino que se trata de ver de qué modo lo quiere Dios, lo manda Dios, le agrada a Dios, y de cómo, al realizarlo minuto a minuto, nos mantenemos en la obediencia y en la generosidad para con Dios.

En fin, llego a la perfección de las acciones ordinarias que tiene que ver también con el perfecto servicio de Nuestro Señor. Si el servicio de Nuestro Señor consiste en el trabajo, en la obediencia, en el desinterés para no buscarse en nada, para olvidarse y para buscar siempre a Dios, comprenderéis, Hermanas, que el amor quiera imprimir una gran perfección en las menores acciones que realizamos para el servicio de Dios.

Cada una de nuestras acciones tiene una perfección propia para que sea santa, amable, prudente, realizada según el espíritu de la Regla; y quien se aplicase a esto haría con gran perfección cada una de sus acciones: la de levantarse, la de la modestia exterior, la de la oración, la del Oficio, la de las conversaciones con las Hermanas, la de las relaciones con las niñas, la de la enseñanza, la de los estudios, la de los recreos que son actos muy importantes, en una palabra, todo. La

perfección de las acciones ordinarias caracteriza a una persona que sirve con perfección.

Os dejo estas cuatro ideas; son muy prácticas y se refieren, sobre todo, a nuestra perfección externa. Pero si tuviéramos ese exterior de perfección, juzgad cómo esto ayudaría a nuestra perfección interior, y cómo Dios se complacería en un alma que trabajase siempre por obediencia, con desinterés y que tratase de hacer con toda perfección los actos más ordinarios.

He aquí lo que se me ha ocurrido sobre el perfecto servicio; otra vez os diré lo que es el amor perfecto. Claro es, que todas estas cosas se relacionan: no se conoce perfectamente sino lo que se ama. Sin embargo, es bueno separarlas algunas veces, para ver cómo se las puede abarcar en un orden de perfección que sobrepasa el de la vida cristiana ordinaria.

Las niñas, las jóvenes que vienen aquí, tienen la idea elevada de la vida religiosa; cuando ven a una religiosa, esperan encontrarla desprendida de sí misma, perfecta en sus más pequeñas acciones, con un exterior modesto y recogido que se desprende de la oración y de la unión con Nuestro Señor Jesucristo. Poned, por lo tanto, en ello mucha generosidad, mucho empeño, para manifestar así lo que sois, para Nuestro Señor; a fin también de que, al ver vuestras obras buenas, los hombres glorifiquen a vuestro Padre celestial que, por su gracia os ha llamado, por su gracia os sostiene y os hace realizar todo esto.

7 de abril de 1878

El espíritu de la Asunción – VI

**Perfecto amor a Jesucristo.
La humildad.**

Mis queridas Hijas,

Siguiendo lo que anteriormente os dije del espíritu de la Asunción, hemos llegado a tratar del amor a Nuestro Señor. Para hablar de este amor, sería necesario tener palabras ardientes y luminosas, puesto que es su amor, el verdadero objeto de nuestra vida, como es también el principio de todo cuanto hemos dicho hasta aquí.

En efecto ¿por qué deseamos conocer, si no es porque amamos y porque queremos recibir luces que nos hagan amar más y más? ¿Por qué deseamos referir todo conocimiento natural al conocimiento de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, sino porque estimamos todas las cosas como barro, comparadas con la ciencia de Nuestro Señor; porque nuestra fe, iluminada por el amor, nos da la certeza de encontrar en todas partes a Dios y a Aquél que nos ha enviado, si le buscamos con toda la capacidad de nuestra alma? ¿Por qué, además, servir y servir perfectamente, si no es porque amamos? Pero hay algo que decir sobre la acción del amor de Jesucristo en el alma y de las virtudes que quiere suscitar en nosotras.

Empiezo por la humildad; es la base de toda vida espiritual, y quizá penséis que he tardado en hablar de ella. Pero, aunque el conocimiento de Dios y de sí mismo sea un principio de humildad, aunque el servicio a Dios debe ser un acto de humildad, sin embargo, no

(14) Mt. 11, 29.

puedo evitar el relacionar el amor, con la humildad sencilla, sincera, alegre de una verdadera hija de la Asunción.

Nuestro Padre san Agustín, después de decir que la causa del mal en el mundo es el amor a sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, añade que lo propio de los habitantes de la Ciudad santa es el amor a Dios, llevado hasta el desprecio a sí mismo. y ¿quién será más ciudadano de la Ciudad santa que una Religiosa de la Asunción, cuyo espíritu, alma, corazón, voluntad deben esforzarse en seguir a la Santísima Virgen, elevada al cielo como consecuencia de una humildad nunca igualada en la tierra? María es la más perfecta y la más humilde de todas las criaturas. Dios se fijó en la bajeza de su sierva, y por eso la exaltó. Es, pues, necesario que se establezca en nosotras sinceramente, de buena fe, una humildad verdadera, sincera, que sea el amor a Dios llevado hasta el desprecio a sí mismo.

Ante todo, la humildad debe ser sincera, porque el amor no quiere ser defraudado; y ¿con quién seremos verdaderos, si no es con Aquél que penetra el fondo de los corazones, que ve si todo es para Él, o si nos reservamos algo para nuestro propio honor, para nuestra propia estima, algo, en fin, que sea en beneficio nuestro? Sabéis que el amor es celoso; sus celos son terribles, dice la Escritura. ¿Cómo podremos, pues, corresponder a Nuestro Señor Jesucristo que, por su parte, nos ha mostrado su amor a través de humillaciones incomparables?

Considerad los anonadamientos del Hijo de Dios, considerad lo que es como Dios, y vedle descender a un establo y hacerse el más pequeño de los hombres. Y aunque hubiese sido el más ilustre de los hombres, aun así ¡qué humillación para un Dios! Pero esto no le pareció suficiente; y sabéis lo que fue en su nacimiento, en su infancia, en su vida pública, en sus actos y en sus palabras, en su muerte. El alma humana no puede imaginarse nada más humilde. Para atraernos hacia sí, no dudó en demostrarnos que nos amaba hasta el desprecio de sí mismo.

El amor del Salvador descendió a tales abismos que no podremos igualar. Para corresponder, es necesario, al menos, que sincera y

generosamente, por un principio de amor, no haya reserva alguna en el alma, que dejemos a Nuestro Señor establecerse y reinar en ella como maestro, y que le pidamos esta humildad verdadera, franca, sincera, única base sólida de la perfección.

Me diréis, que esta doctrina es tanto para nosotras como para los demás. [Para todos los cristianos, para todas las religiosas, es necesario que el edificio tenga como base una humildad sincera.]—Sí, sin duda, pero puede haber en ella un matiz, en el móvil y en la forma.

El conocimiento de las cosas divinas, la adoración, el amor, he ahí los móviles de vuestra humildad, humildad que debe habitar en vosotras con alegría y con libertad. Penetradas de luz y de amor, no debéis querer manteneros en las miserias del orgullo, ni en las del amor propio. Sois hijas de la Asunción, no debéis descender, sino que el amor a Jesús debe elevaros hasta el desprecio de vosotras mismas. Las humillaciones que Nuestro Señor aceptó para salvarnos y para glorificar a su Padre, debéis amarlas y penetrar en ellas con espíritu de adoración. ¿Seríais capaces, ante la faz de Dios, de dejar subsistir en vosotras algún resto del culto a la criatura? He aquí vuestros móviles, he aquí lo que os proporcionará la alegría y la libertad de mantener siempre vuestros corazones abiertos a Dios, para que con ello perciba que es a Él solo a quien queréis rendir todo honor, toda alabanza, toda bendición, sin que nada derive ni hacia vosotras mismas, ni hacia criatura alguna.

Creo que ésta es la más plena humildad que podemos desear; añadiría, sin embargo, que la humildad tiene otro matiz que procede del amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando queremos agradar a alguien, buscamos, en lo posible, adquirir el modo de ser, la virtud, la calidad, la aptitud que le sea más agradable. Cuando, en el mundo, se quiere agradar, uno se engalana con vestidos bonitos y bien hechos, y vosotras, sólo queréis agradar a Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien ¿qué es lo que más le agrada? ¿Cuál es ese vestido escogido, cuál es ese adorno con el que Nuestro

Señor encontrará nuestra alma más bella, más agradable a sus ojos, más digna de su amor? No es únicamente la humildad, sino también la humillación. He aquí el aderezo que posee un encanto elevado para Nuestro Señor Jesucristo. Su conversación es con el alma sencilla, su morada está en el alma humilde. «La oración del que se humilla penetra en los cielos», dice la Escritura; y Nuestro Señor mismo nos enseña el medio de hacernos agradables a sus ojos: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». (14).

He aquí otra nota de amor. Si empezáis por abrir vuestro corazón, si lo despojáis de todo amor propio, de todo deseo de alabanza, de éxito, de estima, y decís a Nuestro Señor: «Señor, toda alabanza, toda estima, todo éxito, es para Ti; yo debo desaparecer en todas las cosas, y el amor que te tengo debe llegar hasta el desprecio de mí misma». Pero después añadís: «Sin embargo, hay algo que debo desear, una alegría que puedo buscar, es vuestro trato, vuestra presencia en mi alma; es un amor más ardiente, son unos dones más excelsos, y sé por la Sagrada Escritura, por las enseñanzas de los Santos y las de la Iglesia, que lo que te agrada, lo que te atrae, es la humildad y el amor de la propia abyección».

No solamente debéis disponer vuestra alma para mantenerse en una posición humilde, sino, también prepararla para ver, cuando la humillación se presente, un acto que agrada infinitamente a Nuestro Señor, que le atrae a morar en nosotras con la plenitud de su amor, a reconocerlos como sus esposas, a requerirlos como el objetivo de sus afectos particulares y a otorgarles sus gracias predilectas.

Esto lleva muy lejos, y, sin embargo, no tiene nada de triste. A menudo se piensa que la humildad es una virtud triste. Pues bien, en todo lo que acabo de decir ¿hay algo triste? ¿Es triste seguir a Nuestro Señor, ofrecerle el corazón, adoptar los medios que nos permitirán encontrarle, que harán que nuestras relaciones con Él sean más afables y más íntimas? ¿Sería triste ganar a este precio la paz del alma? Esto es un beneficio personal; pero de gran valor a los ojos de

(14) Mt. 11, 29.

Nuestro Señor Jesucristo. Creo que es así como una Religiosa de la Asunción debe concebir la humildad.

He oído decir, algunas veces, que la humildad no es la virtud destacada de la Asunción. No puedo aceptarlo, y lo sentiría mucho. Creo, por el contrario, que la humildad debe ser la virtud fundamental de la Asunción, pero concibiéndola desde el amor, desde la confianza, desde la plenitud de la fe, que nos muestra así los tesoros que encierra, los bienes que aporta, la sencillez y la paz en las que la humildad establece al alma. No debemos tener, si queréis, una humildad de palabras, de discursos, de apariencia; sino que debe ser nuestro mismo corazón que se entrega por entero, que acoge a Jesucristo que nos ofrece sus humillaciones como pruebas de su amor, y que corresponde a su vez, con el desprecio de sí y con la adoración: he aquí lo que Dios nos pide.

Hubiese podido hablaros del amor a Nuestro Señor bajo el aspecto de la amistad divina a la que nos llama este Maestro. Es una alegría grande, un consuelo grande en la vida; pues es una de las relaciones que Nuestro Señor ha querido establecer con las almas, y ninguna de nosotras está exceptuada.

Jesús escogió una amiga en el Calvario. Todas sabéis de quien hablo, de la pobre pecadora. Porque amó mucho, Jesús la recompensó con su amistad divina. Si hay en vosotras alguna mancha, alguna imperfección, algún pecado, no os desaniméis. En Magdalena también, había, sin duda, algún resto de sus antiguos pecados; pero su ardiente amor lo cubría todo; y ha sido honrada con una tal amistad por parte del Maestro divino que, hasta el fin de los tiempos, será considerada en la Iglesia como la amiga y la fiel amante de Nuestro Señor Jesucristo.

Sería también grato deciros que sois las esposas de Jesucristo, que después de la amistad viene la unión íntima del esposo y de la esposa. Sería grato deciros cuán bueno es Jesús Salvador, cuán grande, cuán amable, con qué dones tan perfectos recompensa las señales de amor que nosotras le demostramos. Esto jamás lo entenderéis bastante.

Aquellas de vosotras que penetráis en el corazón de las personas del mundo, (habréis podido observar que cuanto menos sirven a Jesucristo, más desgraciadas son. No se trata de una desgracia exterior: hay riquezas, diversiones, placeres; pero estos exteriores brillantes, ocultan un corazón vacío, un corazón desgraciado, un corazón que no conoce la paz.) Se puede incluso decir, que cuanto más brillante es la posición de un rico en el siglo, más ésta oculta cruces secretas que no se ven, pero que causan dolor en el fondo del alma.

A vosotras, por el contrario, os diré: Cuánto más os entreguéis a Nuestro Señor, cuánto más sinceramente humildes seáis, cuánto más abráis vuestro corazón al amor, entonces Nuestro Señor vendrá, Él mismo, a vosotras para ser ese céntuplo prometido; esta alegría que ninguna otra iguala; esta paz, esta luz que el mundo no conoce, esta esperanza que es la prenda de los bienes futuros y eternos.

Tenía que deciros todo esto, mostraros lo mucho que Nuestro Señor merece ser amado; pero parto de esta idea que ya conocéis. Por eso no os hablo de lo que Nuestro Señor es, sino más bien de lo que debéis hacer para demostrarle un amor verdadero. Empecé por la humildad; la próxima vez os hablaré de la unión de nuestra voluntad a la suya y del abandono entre sus manos.

14 de abril de 1878

El espíritu de la Asunción – VII

**Perfecto amor a Jesucristo.
Conformidad y abandono en la voluntad de Dios.**

Mis queridas Hijas,

Dijimos la última vez cómo el amor a Nuestro Señor debe suscitar en nosotras una humildad que sea a la vez sincera, profunda y generosa.

Sin embargo, no se posee la humildad ya desde el momento en que se ama a Nuestro Señor. Esta virtud es muy difícil de adquirir; porque, como consecuencia de la malicia, que el demonio difundió en nosotros, cuando la caída del primer hombre, estamos siempre, por naturaleza, predispuestos a engreirnos. Se puede incluso decir que cuantas menos razones tenemos para engreirnos, más predisposición sentimos. Es, pues, necesario que el amor a Nuestro Señor nos dé precisamente la fidelidad, la generosidad, el esfuerzo para adquirir la humildad y para trabajar en ella todos los días de nuestra vida; sin esto, no seremos humildes. El amor, que es el que debe producir este fruto en nosotras, no puede producirlo sin nuestra cooperación.

Hay otra virtud no menos necesaria, que también tiene que nacer en nosotras del amor a Nuestro Señor Jesucristo: es la conformidad con la voluntad de Dios. Es, además, una virtud esencial, una condición especial, uno de esos caracteres que crean paz, libertad, y desprendimiento; es una de las virtudes que debe manifestarse de forma especial, en una Religiosa de la Asunción.

Existe una estrecha relación entre la humildad, el amor y la conformidad con la voluntad de Dios. La enseñanza de san Ignacio, una de las

más seguras de la vida interior y de la vida perfecta, nos lo debe hacer comprender. Llama grados de humildad lo que también se podría llamar grados de conformidad con la voluntad de Dios y grados de amor.

El primer grado, al que san Ignacio llama grado de humildad, consiste en estar en una disposición tal que, por nada del mundo, la voluntad se incline a las cosas prohibidas por Dios, y que se prefiera antes morir que transgredir la ley de Dios. Esta disposición es tan esencial, que es necesaria para la salvación.

El segundo grado entra en el orden en el que nos tenemos que cimentar. Hace que, al ser todas las cosas iguales, y al no haber pecado ni en uno ni en otro lado, nos mantengamos en una indiferencia tal, respecto al honor, a la estima, a la alabanza, a la salud, al bienestar, que nuestra elección dependa únicamente de la voluntad de Dios.

He aquí, si no me equivoco, un grado de conformidad con la voluntad de Dios, un grado de amor a Dios; porque cuando se ama mucho a Dios, no se tiene más elección que la de Dios, no se prefiere sino lo que Dios prefiere, no se quiere sino lo que Dios quiere.

De todo esto se deriva el tercer grado de humildad que san Ignacio expone, y que se relaciona con aquello que dijimos la última vez, es decir, que al alma que ama le gusta adornarse con lo que agrada a Nuestro Señor: la humillación, el sufrimiento, la abyección. Este tercer grado es heroico, y sobrepasa lo que necesariamente se pide a un alma religiosa; hace que, al ser todas las cosas iguales, el alma se incline más a la humillación al sufrimiento, al anonadamiento, en una palabra, al camino que Nuestro Señor Jesucristo escogió y siguió aquí en la tierra. Al someter siempre su voluntad a la de Dios, el alma se siente, de un modo especial, inclinada a todo lo que crucifica la naturaleza.

San Ignacio llama a esto grados de humildad. Véis que son también grados de amor y de conformidad con la voluntad de Dios. El último tiene, incluso, algo de ardiente. El alma no sólo se conforma con la

voluntad de Dios, sino que le dice: «Señor, hay algo más. Me has dado a conocer al Verbo, a tu Hijo, objeto de tus divinas complacencias, bajo los rasgos de la humillación, de la pobreza, de la abyección, del sufrimiento; y, si yo puedo elegir, si permites que mi voluntad se conforme con la que tu has querido para tu divino Hijo, yo me inclino hacia ese lado».

Es necesario examinarse, con frecuencia, sobre estos tres grados de humildad que expone san Ignacio, y situarse al menos, en el segundo. Si el amor rebasa los límites y nos llama al tercero, bendeciremos a Dios; pero, es preciso, que primero estemos sólidamente fundadas en el segundo. Esta ausencia de elección es el verdadero abandono en las manos de Dios, y quisiera que fuese el carácter especial de vuestra devoción y de vuestro espíritu.

Tampoco hay que creer que al adquirir la conformidad con la voluntad de Dios, es una cosa sencilla y fácil. Como la humildad, esta virtud tiene grados. El primero es la resignación. Puesto que Dios lo quiere, hay que hacerlo; se acepta, ya que no se puede hacer de otro modo. Se camina gimiendo, como aquella vaca, de la que se habla en la Sagrada Escritura, que, cuando fue uncida al arca de la alianza, caminaba, pero volvía la cabeza mugiendo hacia el establo en donde había dejado a su cría.

He aquí el primer grado. Es en sí meritorio, porque uno se conforma con la voluntad de Dios, pero ¿es digno de Dios, conformarse con lo que Él quiere, diciendo: «es preciso hacerlo», como si se estuviese bajo la mano de un amo, a quien no se ama, que se le soporta, y del que no se espera nada bueno? ¿Así es como hay que tratar a Dios? ¿No se debe ir más lejos? Es preciso que nuestra voluntad, que está unida a la de Dios, le diga en todo momento: «He venido a la vida religiosa para conocer tu voluntad, para cumplirla lo más perfectamente posible. Esta voluntad, la amo; es la de mi Dios, la de mi Padre, la de mi Esposo».

De esta forma el alma vive ya la voluntad de Dios. Se despierta, se duerme, se acuesta y dice: «... no se haga mi voluntad, sino la

tuya». (15) San Francisco de Sales dice que esto es un poco triste y un poco monótono, pero es el canto del Cordero divino que en todas partes y siempre decía: «Que se haga tu voluntad». Repetirlo sin cesar, para fijarlo bien en vuestra alma. Hay circunstancias en la vida en las que es casi lo único que se puede hacer, elevar con amor ardiente el pensamiento hacia Dios, que sabe mejor que nosotros lo que necesitamos, que sólo nos dará dones excelentes, y rendirle homenaje con esta sencilla conformidad: «Fiat voluntas tua».

Dije al empezar, que tenéis que ser auténticas adoradoras en espíritu y en verdad, y que habéis venido aquí para rendir honor y gloria a Dios. Pero, decidme, Hermanas, para rendir honor y gloria a Dios ¿no es preciso establecer, ante uno mismo y ante toda criatura, que todo su gobierno, que todos sus designios, que todas sus voluntades, que todo lo que viene de Él es sumamente bueno y adorable? Si la adoración responde así a todo lo que Dios quiere, si el alma asiente a todos sus designios, porque es el bien supremo el que se comunica, comprenderéis que es algo más que una simple resignación. Entonces el alma se halla de tal modo dispuesta a no querer más que lo que Dios quiere, que Él puede aplicarle esta hermosa frase: «Mi voluntad está en ella». Lo que se realiza en ella, lo que se lleva acabo en ella, lo que ella desea, lo que representa su personalidad, es: «Voluntas mea in ea».

De todas las características de la santidad, la que os deseo más ardientemente es la que supone estar de tal manera proyectadas en la voluntad de Dios, de forma que siempre y en todo améis, busquéis y bendigáis esa voluntad divina. Esto constituye ya el abandono en las manos de Dios; es la unión más segura, más completa, más perfecta que pueda establecerse entre Dios y su criatura.

Lo que acabo de deciros, os lo digo de acuerdo con santa Teresa. Esta santa, que sabía lo que era la unión del éxtasis y de la contemplación, dice, sin embargo, que la verdadera unión del alma con Dios consiste en la unión de la voluntad. Cuando el alma está completa-

(15) Lc. 22, 42.

mente proyectada en la voluntad de Dios, no tiene deseo ninguno. Dios la posee, y ella posee a Dios.

Me parece también que una de las características especiales debe ser la de aumentar, todos los días, la unión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. «Adveniat regnum tuum» es una de nuestras divinas. Unidle a ella, fiel y ardientemente, esta otra petición del padre-nuestro: «Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra».

Los Ángeles y los Santos en el cielo aman, reverencian, adoran y cumplen en todo momento la voluntad de Dios; y vosotras que, por vuestra vida de celo, sois como los Ángeles visibles para muchas criaturas, debéis, imitándolos, permanecer ante la faz de Dios para volar a la menor señal de su voluntad santa. Cuando el alma ha llegado a este grado de obediencia, está plenamente asentada en el servicio, en la adoración, en el amor; está ya marcada, desde aquí abajo, con algo de la ciudad santa, de la patria celestial a la que pertenecemos más que ninguna otra criatura, puesto que somos hijas de la Asunción de María. Buscad las disposiciones que poseía la Santísima Virgen. Hemos dicho que era adoradora. ¿Quién adora a su Hijo más que ella? ¿Quién se anonada ante Dios con más humildad que la Santísima Virgen? ¿En quién reinó la voluntad de Dios y reina todavía hoy con más generosidad, con más dedicación, con más amor que en aquélla que es la Reina de los Serafines y de los Ángeles? En aquélla que es también nuestra Reina, que quiere iniciarnos en su vida, y que pide que asumamos, como hijas de la Asunción, algo de las disposiciones que ella llevó a la ciudad celestial.

21 de abril de 1878

El espíritu de la Asunción – VIII

**Amor perfecto a Jesucristo.
Amor al prójimo. Espíritu de sacrificio.**

Mis queridas Hijas,

Voy a continuar acerca de lo que os decía del espíritu de la Asunción, pues lo que voy a tratar hoy, me parece que concuerda perfectamente con el misterio de la Resurrección, que además conviene con nuestro espíritu.

La Asunción es, de algún modo, una resurrección. Es la vida de María comenzada en el cielo; y esto nos enseña que nuestra vida debe tener siempre un matiz de alegría, incluso en el sacrificio y en los esfuerzos constantes que tenemos que hacer sobre nosotras mismas; aunque alguna vez uno se fatigue, lo importante es que el modo con el que debemos intentar sobrepasar esos esfuerzos y sacrificios sea más del cielo que de la tierra. Diría, pues, que los dos últimos frutos del amor a Jesucristo en nuestras almas, deben ser la caridad y el espíritu de sacrificio.

En estos últimos días, al meditar el sermón de la Cena, habréis visto que el amor es la señal por la que Jesucristo quiere que se reconozca a sus discípulos. Esta caridad tiene que tener en nosotras un carácter de gran sencillez, de gran franqueza y de gran lealtad. Respecto a esto tenéis una regla magnífica; las Constituciones os dicen que la caridad es un amor que nace de Dios, por el cual nos amamos los unos a los otros, con el mismo amor con el que Dios ama a los hombres, y con el mismo fin que es la santidad en este mundo y la bienaventuranza eterna en el otro. Este amor no es un amor natural, es un amor entre-

gado, un amor verdadero, un amor, que al no fundarse en lo que agrada, hace que se busque, en este mundo, todo lo que es bueno y útil para el bien de las demás criaturas, a las que este amor nos une.

Que esta caridad se mantenga entre vosotras, Hermanas; que se mantenga en el espíritu con el que Jesucristo hablaba con los hombres; que se mantenga en el espíritu de la Virgen María, es decir, en un espíritu de misericordia, de afabilidad, de paz, de bondad, de entrega. He aquí lo que exige de nosotras el espíritu de la Asunción.

El otro fruto del que quería hablaros, la otra característica que debe producir en nosotras el amor a Nuestro Señor Jesucristo, es el espíritu de sacrificio. Habéis recibido de Jesucristo la enseñanza directa a través de todo esto que acabáis de meditar: «... el mundo ha de saber que amo al Padre,... levantaos. Salgamos de aquí», (16) es decir, vayamos al encuentro del sacrificio, a fin de que el mundo conozca que amo al Padre. El sacrificio es pues, la señal, el fruto y la característica del amor. ¿Por qué unir la mortificación a la caridad? El día de Pascua, ¿se debe hablar de mortificación? Sí, porque esta virtud se da a diario en la vida cristiana y en la vida religiosa. Toda la vida cristiana se fundamenta en la mortificación. La que corresponde mejor a las hijas de la Asunción es la que se nos ofrece en la fiesta de la Resurrección. Para vivir la vida divina, la vida de lo alto, es preciso mortificar los miembros que están en la tierra, es decir despojarse de la vida terrestre, de las inclinaciones carnales, humillar lo que hay de malo en nosotras, esto lo uno a la caridad, porque no hay verdadera caridad sin espíritu de mortificación y de sacrificio. Mortificad todos los movimientos contrarios a la caridad; no viváis de ellos, no os detengáis en ellos; vivid de la vida divina que Nuestro Señor nos da en su Resurrección: «Quae sursum sunt sapite; quae sursum sunt quaerite, non quae super terram». (17).

Pues bien, me parece que ahí está la verdadera característica de nuestra mortificación: desprendernos de lo terrestre, no detenernos

(16) Jn. 14, 31.
(17) Col. 3, 1-2.

en lo que agrada a los sentidos, elevarnos más, buscar la pureza en algo celestial como es el amor a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen, seguir a Jesús y a María con espíritu de generosidad, de entrega y de amor hacia el prójimo. Para ser caritativas, es preciso mortificar las malas inclinaciones que hay en nosotras. Es decir, las impaciencias, las susceptibilidades, el personalismo, la desafortunada preferencia de nosotras mismas por encima de los demás, que, en el orden de los bienes sensibles, hace que nos amemos más a nosotras de lo que amamos al prójimo.

He dicho una «desafortunada preferencia», porque hay una preferencia legítima, que nos inclina a que nos ocupemos de nuestra salvación antes que de la de los demás. Sin descuidar la entrega a la salvación del prójimo, es absolutamente preciso salvaguardar, ante todo, nuestra salvación, nuestra virtud y nuestra perfección.

Ya que hay un orden establecido en el que se permite ocuparnos de nosotros en primer lugar, es preciso que, en el orden de los bienes sensibles, nos ocupemos antes de los demás. San Vicente de Paul se ocupaba más en conseguir pan para los otros, antes que para él; y, en muchas almas habréis visto esta misma disposición, que hacía decir a nuestra pobre Sor Denise Marie, muerta en Poitiers: «Siempre le he pedido a Dios que si hubiera algo que sufrir en la casa, ese sufrimiento recayese sobre mi; que si tuviera que sobrevenir la enfermedad, la muerte sobre alguna, que fuera sobre mi antes que sobre mis queridas hermanas». Ved que, en lo concerniente al bien sensible, al bienestar e incluso a la vida, prefería a sus hermanas antes que a ella. Si se hubiera tratado de su salvación hubiera sido diferente. Hay que ser un san Pablo para decir: «Desearía yo mismo ser anatema, apartado de Cristo, por mis hermanos». (18) Y aun así, este párrafo necesita una explicación.

En lo referente a la salvación, lo repito, debemos ocuparnos de nosotras; pero en lo referente al consuelo, al bienestar, al bien sensible, es preciso que nos ocupemos de los otros, sin excluirnos, sin

(18) Rm. 9, 3.

embargo, a nosotras. Dios no manda cosas demasiado difíciles: lo que nos manda es que amamos a los otros como nos amamos a nosotros mismos.

Nuestro Señor ha ido más lejos: nos amó más que a sí mismo, se ofreció por nosotros, se entregó por nosotros, sufrió por nosotros. No quiso la equiparación, por eso los santos le han seguido por esta senda, y se han mantenido en el tercer grado de humildad, al que nosotras hemos llamado también grado de amor y de conformidad con la voluntad de Dios. Pero, para llegar ahí, no olvidéis nunca que hay que mantenerse en el segundo grado, en el cual la voluntad debe estar desprendida de todo, y sólo debe inclinarse hacia lo que es voluntad divina. El alma siente, entonces, un deseo verdadero y eficaz de proporcionar a los demás los bienes, que ella busca para sí misma. Se eleva más y se alcanza la disposición generosa que completa la condición de una Religiosa de la Asunción: el espíritu de sacrificio.

Por encima de la mortificación, que lleva a abandonar lo terreno, que lleva a renunciar a las cosas pequeñas, que lleva a desear las cosas celestiales, y a superar las inclinaciones humanas, con todo lo que conllevan de confusión y de agitación; por encima de la caridad fraterna, está el espíritu de sacrificio. El espíritu de sacrificio es algo admirable. Lo que he dicho de Sor Denise Marie se conforma con esto, y ¡cuántas veces, en vuestra vida, habréis visto ejemplos así! ¡Cuántas habréis encontrado, personas que se sacrifican por Dios y por el prójimo! Es la llama que debe encenderse en la cumbre de todas las demás virtudes. Al estar, las otras virtudes, establecidas en el alma, la llama se enciende. Si se enciende con anterioridad, no os fiéis demasiado; pero no la rechazéis, porque os ayudará a consolidar otras virtudes.

Que vuestro corazón sienta el deseo de inmolarsse por Dios y por el prójimo, de tomar para sí gustosamente, lo que supone sacrificio, todo lo que humilla, todo lo que anonada. Comprenderéis que si el corazón se abrasa en esa llama, nos parecemos más a Nuestro Señor Jesucristo; pero recordad al mismo tiempo que, si es deseable esta

llama, las acciones deben permanecer sometidas a la obediencia. Ninguna de vosotras puede comprometerse, por medio de una promesa, y menos todavía por un voto, a cualquier otra cosa que lleva a inmolarsse por los demás, de forma que sobrepase la Regla. Para esto, hay que consultar, hay que pedir permiso a mantenerse en la obediencia; pero para tener ese deseo, para inflamarse con esta llama, para buscar durante la oración, en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo este amor por el que se sacrificó por nosotros, no es necesario el permiso, en tanto que esto no se convierta en una promesa, pues es un acto de amor.

Es preciso que todo esto forme parte de nuestro espíritu, ya que es frecuente, que se encuentren sus huellas en las hijas de la Asunción. He estado al pie de muchos lechos de muerte, y casi siempre he percibido este espíritu de sacrificio, ese deseo de inmolarsse, de ofrecerse por entero por la Iglesia, por la Congregación, por las almas.

Alguna de vosotras ha asistido a la agonía de Sor M. André. La agonía es un sufrimiento extremo, es sentir lentamente la muerte y lentamente experimentarla; pues bien, recordad cómo, en esa situación, la hermana no cesaba de ofrecerse por la Iglesia, por la Congregación, por el bien y por el progreso espiritual de todas sus hermanas, por la salvación de las almas, y que hasta su último suspiro fue para ofrecerse a Dios en Sacrificio. Sus noches eran de sumo sufrimiento. En una ocasión, que unas píldoras le hicieron pasar una noche tranquila, me dijo a la mañana siguiente: «Pero si tomo estas píldoras, ya no tendré nada que ofrecer a Dios; mis noches serán baldías». Se sentía como una persona asustada ante la idea de perder un gran tesoro que estimaba infinitamente, por razón de la generosidad y del amor con los que sabía sufrir.

Esto que os recuerdo ahora y que habéis visto en otras hermanas, se mostraba con tanta sencillez que estas queridas almas no veían, en cierto modo, su generosidad en esta actitud. Era amor, sin miras propias, que caminaba según la voluntad de Dios, que la aceptaba y que hacía decir: «Puesto que queréis para mí, Dios mío, la muerte y el sufrimiento, quiero hacer de ello el acto más generoso y el ofreci-

miento más completo». Es hermoso darse cuando Dios lo pide, que ofrecerse y prometer actos heroicos que, quizá, cuando llegue el momento no se cumplen.

Hay un matiz en el espíritu de sacrificio, de generosidad y de mortificación que deseo ver impreso en vuestras almas. Es algo que está siempre de acuerdo con la voluntad de Dios, con lo que la caridad pide que, ciertamente, cuando llega el momento, arde y se inflama, pero que no se adelanta a los designios de la Providencia. Esta es la señal de un alma totalmente entregada a Nuestro Señor, de un corazón que ama mucho, que es fuerte bajo su acción, mucho más fuerte que las aspiraciones de la imaginación que, si desea algo bueno, cree haberlo alcanzado, cuando todavía no lo posee.

Que Nuestro Señor imprima en vosotras estos rasgos que son propios de la Pasión, pero que la Resurrección no destruye, puesto que Nuestro Señor nunca está dividido. Por una muerte llena, a la vez, de luces del cielo y de sufrimientos de la tierra, todos los santos han llegado a la bienaventuranza para encontrarse con Nuestro Señor.

Jesucristo escogió para sí la parte más dura, el cáliz más amargo, el abandono más extremo. Bajo cualquier forma que os llame a seguirle, dedicad vuestra vida a abandonar la tierra, a amar a Dios, a amar al prójimo por Él, y a renunciaros a vosotras mismas por Dios, hasta la inmolación.

Desde esta Pascua aprended a mantener vuestra vestidura muy blanca, al no faltar nunca a la caridad, y al no sentir ningún atractivo terrestre. Conservadla también muy roja, muy púrpura, muy ornada con la sangre preciosa que Nuestro Señor derramó para dar a vuestra alma un resplandor divino. Que se mantenga en vosotras la pureza, por medio de la mortificación y por la ausencia de toda imperfección, y que el ardor de vuestra caridad está pronto a inflamarse bajo la inspiración del espíritu de sacrificio, siempre que la ocasión se presente y que Dios lo pida.

5 de mayo de 1878

El espíritu de la Asunción – IX

**Devoción al Santísimo Sacramento.
Adhesión a la Santa Sede.
Respeto a la Palabra de Dios.**

Mis queridas Hijas,

Hemos hablado de los frutos que el espíritu de la Asunción debe lograr por el amor a Nuestro Señor Jesucristo; me queda una cosa que deciros relacionada con esto, siempre con la misma sencillez que está de acuerdo con nuestro espíritu.

Debéis preguntaros dónde encontrar a Jesucristo; porque Jesucristo no es una persona que ha venido al mundo sólo en un tiempo limitado. Aun después de haber subido al cielo, no nos ha privado de su presencia. ¿Dónde, pues, debe buscarle el alma que le ama, que trata de conocerle y que quiere servirle? Lo habéis dicho antes que yo; es primeramente en el Santísimo Sacramento del altar; consecuentemente comprenderéis por qué la devoción al Santísimo Sacramento es una característica tan especial del espíritu de la Asunción, por qué pasamos tantas horas, tantos momentos como podemos, al pie del sagrario: es porque ahí está Aquél a quien amamos, Aquél a quien queremos pertenecer.

Ahí está misteriosamente, escondido, lleno de gracias, y como modelo de todas las virtudes. Sería largo entrar en detalles; quisiera solamente mostraros el vínculo por el cual la adoración del Santísimo Sacramento se relaciona con nuestro espíritu. Podría incluso decir que en el culto al Santísimo Sacramento, es donde nuestro espíritu alcanza su plenitud; puesto que velar a Jesucristo en la Eucaristía es

una consecuencia de la necesidad que tenemos de conocerle, de servirle y de amarle perfectamente.

Nuestro Señor está además en la tierra de otra manera. Es la cabeza del cuerpo místico, que es la Iglesia, está en la Iglesia. La doctrina del Evangelio nos enseña que habita en aquéllos que le pertenecen. Son sus hermanos, sus miembros; la Iglesia es su Esposa, es también su cuerpo.

La segunda característica del espíritu de la Asunción es pues, el amor a la Iglesia con una fe tan viva que hace que al honrar a la cabeza, se honra también a aquél que representa en la tierra a esta cabeza divina. Jesucristo es la piedra angular que no puede ser sustituida; pero ha dejado en la tierra a un hombre, a quien le está reservado este honor de ser la piedra visible, sobre la que se fundamenta el edificio de la Iglesia. Ese hombre, es el Papa, el Vicario de Jesucristo, otro Jesucristo en la tierra.

¡Qué respeto, qué amor, qué adhesión debemos tener hacia aquél que es, como dicen nuestras Constituciones, la cabeza, el corazón y la palabra de la Iglesia; es la cabeza, porque en él todo se recapitula y porque él gobierna todo; es el corazón, porque él es el centro de la vida de la Iglesia; es la palabra, porque él es quien nos habla en nombre de Nuestro Señor Jesucristo aquí en la tierra, y así todos los fieles reciben a través de él las palabras de vida y salvación.

Si las Religiosas de la Asunción no tuviesen esta adhesión a la Cátedra de San Pedro, si no fuesen sumisas a esta autoridad suprema, si no recibiesen con amor todo lo que de ella viene, no tendrían el espíritu de la Asunción. Aun después de haber perdido a Pío IX, cuyas grandes virtudes, cuyo encanto personal y cuya santidad admirable exhortaba al amor a todos los cristianos y a nosotras, que hemos recibido de él muchas gracias, -aprobó nuestro Instituto y se dignó bendecir nuestra obra,- aun después de él, nuestro amor sigue unido al Vicario de Jesucristo, a aquél que es, lo repito, la cabeza, el corazón, y la palabra de la Iglesia.

Pero nuestro amor no debe limitarse solamente a nuestro Santo Padre el Papa; tenemos que amar a la Iglesia, en sus enseñanzas, en sus costumbres, en su historia, en sus tradiciones, en sus devociones; hay que amarla en todo lo que nos propone, en todo lo que ha sido, en todo lo que es hoy; hay que amarla a través de su jerarquía. La gran devoción de una Religiosa de la Asunción debe ser la de rezar por los obispos, por los sacerdotes, por la Iglesia docente, por todos aquellos que tienen cargo de almas y de administración de los sacramentos. En fin, hay que amar a la Iglesia en cada uno de sus miembros, y desearlos ver crecer en fidelidad, en entrega, en el carácter cristiano y católico.

Tenéis que pensar mucho sobre esto, en vuestra obra de educación, buscar cómo formar miembros fieles a la Iglesia; y, en las obras de celo, con respecto a los protestantes, debéis tener a la vista la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo en la Iglesia. Aquí es donde debemos situar aquello de: «Adveniat regnum tuum», que se ha convertido en la divisa de los Padres de la Asunción.

¿Cómo adviene a la tierra el reino de Nuestro Señor Jesucristo? Adviene por medio de la Iglesia, obteniendo, a través de la oración, la erradicación de la herejías, la unión de los fieles, la sumisión de todos a un solo pastor. Vosotras contribuís a la extensión de la Iglesia al trabajar con las almas y al darles nociones profundas de fe, de respeto, de amor, al inculcarles una mente más cristiana, ideas más católicas.

Hay en ello consuelo para todo el mundo. La que menos hace en la casa, si da testimonio, hace mucho para conducir a las almas hacia el amor a Jesucristo y al de la Iglesia. La que se ocupa de la vigilancia, hace mucho; porque si el demonio se mete en ese pequeño rebaño que se nos ha confiado, es imposible que aquél que se apacienta entre los lirios pueda descansar en un corazón mancillado. Así pues, aquéllas que, por una vigilancia cuidadosa y una fiel atención mantienen a las niñas inocentes, puras, cumplidoras de la ley, abren las puertas de sus almas al Espíritu Santo, al Espíritu de Dios que establece en ellas su morada. Entonces se realiza en nosotras y en nuestras

niñas esta hermosa sentencia: «La nación de los justos es una nación de obediencia y de amor».

Daos cuenta de que hablo de obediencia a la Iglesia. Evidentemente, encontraréis niñas que os desobedecerán; y esto no debe sorprenderos demasiado, porque, si miráis para atrás, recordaréis que vosotras mismas, que hoy pertenecéis a Dios y que deseáis servirle con la más perfecta obediencia, habéis desobedecido, sin embargo, cuando erais niñas. Dichosa aquélla que pueda decir: «Yo puedo tirar la primera piedra, porque nunca he desobedecido a las personas que representaban para mí la autoridad».

Admitido esto, con tal de que la obediencia a la ley, la obediencia de amor a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santa Iglesia y a todo lo que es santo en la tierra, se forje en el corazón de las niñas a través de mil defectos naturales y de mil caídas inevitables en la infancia, habréis trabajado según el espíritu de vuestra vocación.

Tengo que añadir que este amor a la Iglesia hace desear ardientemente que nuevos miembros se unan a la Iglesia, y desear también la conversión de los pecadores. Escasamente podéis trabajar en ello de una manera directa; pero siempre podéis y debéis, con la oración, ayudar a los confesores, a los misioneros, y a todos aquéllos que, en el mundo entero, se entregan a la extensión del reino de Nuestro Señor Jesucristo. Podéis y debéis trabajar personalmente en esta difusión del Espíritu de Dios a través de vuestras relaciones con aquéllos que no conocen la verdad católica, o que tienen la mente ofuscada por causa de malas lecturas.

Pero no cometáis nunca este error, que ha extraviado a muchas almas, no leáis jamás los libros en los que han encontrado sus objeciones las personas que queréis convertir. Puede parecer que tal libro no es demasiado peligroso y que se puede leer sin reparo, puesto que hay que rebatirlo. No os equivoquéis, Hermanas; hay que alimentarse con la luz para dar luz, jamás hay que nutrirse de error, con pretexto de combatir el error. Esto es también una de las características del espíritu de la Asunción. Nuestra libertad no consiste en servir-

se del error para sacar un bien; nuestra libertad, según san Agustín, es aquélla que nos conduce a la luz y al bien, aquélla para quien el error y el mal son un impedimento, y aquélla que no quería ser portadora, ni siquiera en la punta de los pies, de las trabas del error.

Para hacer el bien, buscad siempre adquirir vuestros conocimientos, vuestras enseñanzas, vuestra vida en la luz y en el bien; y después, id a aquéllos a quienes queréis llevar la verdad, serenas, alegres, benévolas, pacientes; porque con las mentes extraviadas hace falta mucha paciencia. El reino del error no es un reino gozoso. Suele haber en él una cierta obcecación; es muy desagradable tener que tratar con herejes y con pecadores. No son buenos; no hay que extrañarse, ni exigir que lo sean; pero vosotras, debéis ser buenas, porque procedéis de lo alto y porque tenéis una misión que se parece a la de los Ángeles. En las relaciones con los hombres, cuando se les aporta algo de Dios, se realiza la misión de los Ángeles, y es preciso parecerse a ellos en la paciencia, y mantener el corazón transparente de inocencia.

Es preciso también, mostrarse siempre firmes en lo que se cree. No se ha de llegar a convencer, por medio de concesiones, sino a través de la bondad y de la afabilidad, pero manteniendo la verdad íntegra y sin alteración. Al presentar la verdad íntegra, se proporciona algo bueno, mientras que presentando una verdad alterada, falsificada, mezclada, no se da nada bueno. Ese no es nuestro espíritu.

Así pues, encontraréis a Nuestro Señor Jesucristo primeramente en el Santísimo Sacramento, y esta debe ser vuestra primera devoción. También lo encontraréis en la Iglesia, y debéis tener hacia ella un amor ardiente que os sostendrá en la oración y en las obras de celo. Si se abriera el corazón de una Religiosa de la Asunción ¿qué se debería encontrar en él? Estos tres amores: Jesucristo, la Santísima Virgen, la Iglesia.

Hay otro lugar en donde se encuentra a Nuestro Señor, es en su palabra. Cuando Jesucristo se revistió de carne mortal, se mostró hombre como los demás hombres; lo mismo cuando habló, revistió su verbo

de una manera que perdura, que es el santo Evangelio. Amad mucho al santo Evangelio; leedlo con profundo respeto, persuadidas de que bajo la apariencia de cada una de esas palabras tan sencillas, está el Verbo divino. Nuestro Señor descendió del cielo, habló a los hombres, sufrió a fin de que tuviéramos, por la gracia de su sangre, la fuerza de practicar el Evangelio y de llevarlo a cabo en nuestra vida: «En los tesoros de la Iglesia hay dos mesas, dice la Imitación; una es la mesa del altar sagrado en la que reposa el pan santificado, es decir, el precioso cuerpo de Jesucristo; la otra es la mesa de la ley divina que contiene la doctrina santa, que enseña la verdadera fe».

Como veis, el respeto a la palabra de Dios contenida en el Evangelio y en el Antiguo Testamento, y también la palabra de Dios que se nos anuncia según el Evangelio, debe ser la característica de la Asunción, que busca siempre a Jesucristo con gran sencillez, para amarle cada día más. No decimos aquí cosas que toda alma fervorosa y fiel no pueda tomar como suyas. Todo esto puede aplicarse a todos; pero nuestra característica, la nuestra, debe ser una característica muy católica; y, sin que haya cosas extrañas o extraordinarias, debemos vivir de todo lo que representa la vida de la Iglesia.

12 de mayo de 1878

El espíritu de la Asunción — X

**Devoción a los Santos.
Amor al Oficio divino.**

Mis queridas Hijas,

Al hablaros la última vez del amor que debemos tener al cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia, me he dado cuenta de que he omitido varias cosas sobre las que quiero hablar hoy.

El cuerpo místico de Jesucristo no se compone solamente de la Iglesia terrestre y de la cual formamos parte. Ésta, evidentemente, debe ocupar el aspecto más sensible, el más activo de nuestro amor y de nuestra entrega puesto, que es en ella donde trabajamos para conquistar almas y extender el reino de Jesucristo, ya que es en la Iglesia terrestre en la que recibimos los sacramentos y la verdad; pero no tenemos que alejar de nuestra devoción y de nuestro amor, a los miembros de Jesucristo ya triunfantes en el cielo, y que representan la parte más hermosa de la Iglesia, la más noble y la más adecuada para glorificar a Dios. Tampoco hay que olvidar a los miembros que sufren en el purgatorio, y hacia los cuales debemos manifestar una caridad compasiva.

Quiero hablar primero de la Iglesia triunfante; porque hay que considerar como una de las características del espíritu de la Asunción, la devoción a los Santos, no solamente a tres o cuatro santos conocidos más especialmente y venerados en los tiempos en los que nosotras vivimos, sino a todos los Santos. Fijaos que, entre las personas que entran en nuestra casa, son pocas las que conocen a otros santos que no sean san José, san Luis Gonzaga y quizá, a santa Teresa por razón

de sus escritos. Si queréis, pongamos cinco en total, pero nada más. Este no es el espíritu de la Asunción, y sería triste, si educamos a nuestras niñas para que apenas conozcan esta riqueza de la Iglesia: estos Santos que son el trono en el que triunfa Jesucristo.

Creo, ante todo, que hay que recomendar la devoción a los Santos del Evangelio. Nuestro Señor vivió entre ellos; le atendieron durante su vida mortal; prepararon y anunciaron su reino. Para un alma fervorosa y vinculada a la Iglesia, junto a san José, san Juan Bautista debe tener un lugar muy importante. Este Santo, canonizado por el mismo Jesucristo, es modelo para nosotras en tres grandes órdenes de virtudes, la penitencia, la inocencia y el martirio.

Quiero a continuación hablar de los Apóstoles. Tener una gran devoción a los Apóstoles, está de acuerdo con nuestro espíritu, por razón de nuestra adhesión a la Iglesia. En otra época, no hubiera hecho falta decir esto, pues esta devoción era popular, y continuamente eran recordados san Pedro, san Pablo, san Juan, etc. Desgraciadamente esta devoción desaparece de día en día.

Hay también otros Santos, que han atendido a Nuestro Señor, que han tenido el honor de que les llamara amigos suyos, que forman parte del relato evangélico y a los que debemos tener gran devoción. Os he hablado de ellos ya en otra ocasión: no puedo pues extenderme en esto. Os indicaré solamente otras clases de Santos, a los que debemos tener una especial devoción, al menos a las dos principales de ellas.

Primero los mártires, que al cimentar la Iglesia con su sangre, han añadido al tesoro de los méritos de Jesucristo, riquezas de las que participamos cada día. Los hay que sobresalen: san Lorenzo, san Esteban, todos los que la Iglesia nombra en el canon de la Misa o en las Letanías; y a estos son a los que tenemos que venerar y tratar de conocer de un modo más especial.

Diría después, que nosotras debemos tener una gran devoción hacia todos aquellos que han extendido la fe cristiana, que han llenado el mundo, que lo han hecho más comprensible; -los doctores que han

enseñado la verdad, y los fundadores de órdenes religiosas, que han recibido de Dios gracias muy especiales para la vida religiosa. Al invocarles, se debería aprender de cada santo la virtud en la que ha sobresalido. Así pues, cada fundador de una Orden religiosa es el modelo de una virtud, que pertenece a su Orden. Buscad y encontraréis ahí, principios seguros y sólidos para vuestra devoción. San Benito, san Francisco, santa Teresa, san Ignacio han recibido gracias para que las almas religiosas obtengan de ellos una comunicación de las virtudes propias de su estado.

Os indico esto para mostraros la universalidad de nuestra devoción a los Santos. Es preciso amarlos a todos, y nunca separar a Nuestro Señor de aquéllos que son como el pedestal de su trono. Tenemos en los Santos del Evangelio, en los Apóstoles, en los Mártires, a modelos admirables que no sabríamos estudiar e imitar suficientemente. Se podría decir otro tanto de los Santos de la Antigua Ley. De uno, dice un Padre de la Iglesia, se recibe la gracia de la fe; de otro, la paciencia; de otro más, el ejemplo de una pureza tan perfecta que se extiende sobre todos los que le invocan. Fue la gracia del primer José y de ahí, el segundo José, ha recibido su nombre. En fin, en todos encontraréis enseñanzas magníficas a este respecto, si tenéis una gran devoción a los Santos.

Aquí, hago un paréntesis para deciros que no hay que olvidar a esas almas puras, santas y agradables a Dios que sufren todavía para purificarse, antes de ir a recibir la corona de gloria, y que esperan de nuestra caridad un socorro y un alivio.

Añado que os es más fácil conocer a los Santos, tenerles una devoción más amplia, más clara, ya que rezáis el Oficio y leéis continuamente su vida. Tened devoción a los Santos que la Iglesia establece como patronos en cada uno de los días del año; su intención es que a través de ellos pidáis muchas gracias. En el calendario no hay más que un cierto número de santos; son estilos y modelos, y se han escogido para la devoción de los pueblos, para socorrer a los pueblos, de un modo más especial, que los que no figuran en el calendario.

Veis, pues, cómo enseguida el amor a la Iglesia, incorpora a nuestros corazones, el amor al Oficio divino. Sabéis que la devoción al Oficio es una de las características de la Asunción. ¿Qué es pues el Oficio divino? Es la oración compuesta por la Iglesia, es el lenguaje mismo de la Iglesia. Esta oración la han rezado casi todos los Santos que nos han precedido en la ciudad celeste, gran número de aquellos que expían sus faltas en el purgatorio; y, en la tierra, tenemos la misma voz, la misma oración que nuestro santo Padre el Papa, los obispos, los sacerdotes; la misma que las grandes Órdenes religiosas, y la de muchas almas fervorosas; -en otro tiempo hubiéramos podido decir que la de todas las almas fervorosas, puesto que era la devoción principal.

Si os fijáis en las viejas costumbres, veréis que, en las familias cristianas, todos los grandes acontecimientos estaban marcados con el recuerdo de las fiestas: «Tal cosa se hará el día de Nuestra Señora de agosto... Nuestro hijo ha nacido el día de san Andrés... Saldremos de viaje el día de santa Margarita...» Así era como nuestros padres señalaban el tiempo, los momentos; así hablaban porque, al entrar en la vida de la Iglesia, conocían a todos los Santos y a todos invocaban.

Hay todavía otra cosa que debe haceros amar el Oficio divino: que es el lenguaje con el que os servís para hablar a Dios, en nombre de aquéllos que no rezan. La Iglesia os considera como calificadas para mantener ese lenguaje con Dios, y alcanzar que desciendan a la tierra las gracias vinculadas a cada una de las partes del Oficio. Hay gracias especiales dedicadas al recuerdo de cada Santo, a la conmemoración de cada fiesta. Hay gracias para los tiempos de Pasión, de Resurrección, de la Ascensión, de Pentecostés. Las hay también para las fiestas de la Santísima Virgen: en la Asunción, es la elevación de las almas hacia el cielo; en la Visitación, es la caridad. Del mismo modo cada Santo recibe de Dios dones para distribuirlos en la tierra; y, cuando rezáis al Oficio, pedís esas gracias para aquellos que no las piden, obtenéis el rocío que se derrama desde el cielo.

La primera razón de nuestro amor al Oficio, es que representa el lenguaje de la Iglesia y que nos sitúa en comunicación con todos los

Santos del cielo y de la tierra. La segunda razón es que estamos calificadas ante Dios, para obtener las gracias destinadas a cada día, por medio de las fiestas que celebramos. La tercera razón, es que vosotras debéis desear vuestra edificación personal. Ahora bien, en el conjunto de los salmos, de las lecciones, de las oraciones que rezáis en el Oficio, hay algo que debe nutrir con fuerza vuestra piedad, y apartaros de las pequeñas devociones que no son de nuestra espiritualidad.

Dios me libre de no desear que todas las devociones de la Iglesia sean respetadas y veneradas; pero no se pueden mantener al mismo tiempo las prácticas pequeñas y las grandes. La vida entera no bastaría para rezar todos los rosarios, todas las letanías que se han inventado en nuestros días. Los pueblos se han alejado de la devoción universal del Oficio; ya no saben qué son Maitines, Laudes, Prima, Tercia, Sexta y Nona; apenas conocen ya Vísperas y Completas; pero como la oración es necesaria, y las devociones son una necesidad esencial de la vida cristiana, se buscan y se fabrican otras que no tienen la savia católica con la que se alimentaban nuestros padres.

Vosotras, encontráis en el Oficio todo lo que puede proporcionar a vuestra devoción el carácter más eclesiástico, más sólido, más universal, más tradicional, el que resume todas las alabanzas que se han dado a Dios desde los primeros tiempos de la Iglesia, a partir de la Sinagoga y de los Patriarcas.

Quisiera decir algo para nuestras Hermanas coadjutoras que no rezan el Oficio en el coro, lo que les podría causar alguna pena. Lo que nosotras encontramos en el Oficio, ellas lo reciben por nuestra mediación; los conocimientos, las luces que podemos obtener en el Oficio, el estilo de devoción propio de la Asunción, lo obtienen de sus Maestras y de sus Superiores. De este modo consiguen una formación con una mentalidad más católica que no obtendrían si ninguna de nosotras no tuviera esta devoción, en la que no pueden participar por razón de su trabajo.

Nuestras Hermanas coadjutoras tienen una ventaja que nosotras no tenemos; los trabajos de la casa, en los que se ocupan, les permite

tener más libre su pensamiento para dedicarse a la oración; no tienen la preocupación que ocasionan las niñas, cuyo cuidado, cuya enseñanza, cuya conducta producen inquietudes casi constantes. Puedo decir que a aquéllas coadjutoras a quienes se ha llamado para que nos ayuden en el trabajo de las niñas, les parece mucho más dura esta ocupación que el trabajo material que cumplen de ordinario.

Renovémonos pues, Hermanas, en el amor al Oficio divino; actuemos de tal modo que vivamos y que nos alimentemos de sus enseñanzas. Las Órdenes religiosas antiguas, sólo tenían éste como tiempo fijo de oración. Rezaban lentamente los salmos, hacían largas pausas durante las que meditaban. Sin duda, por esta razón, san Agustín dice en su Regla: «Meditad en vuestro corazón lo que pronuncian vuestros labios». Se comprende que, rezando así, el oficio equivale a la oración.

Nosotras, vale más que tengamos otros momentos de oración, pero es bueno alimentar la oración con lo que aprendemos en el Oficio.

Hay una última razón sobre la que necesitaría insistir con más amplitud de la que hoy podría hacerlo. Creo que una de las características de la devoción de nuestro Instituto debe ser la de tratar de alabar a Dios en todo momento.

«Laus Deo», creo que debería ser nuestra divisa, así como «Adveniat regnum tuum». Naturalmente escogería: «Venga a nosotros tu reino», para nuestra vida activa; «Alabado sea Dios»; para nuestra vida interior. Comprendéis, Hermanas, que si esto es una de las características de las hijas de la Asunción, tendremos que considerarnos un poco como de esta ciudad celeste donde siempre se alaba a Dios, donde siempre se le rinde honor y gloria. Esta alabanza a Dios tiene una gran amplitud, responde al carácter de adoradoras, del que ya os he hablado.

Para precisar un poco en qué debe consistir este «Laus Deo», añadiría: si se trata de doctrinas, tomad siempre aquellas que proporcionan más honor y más alabanza a Dios, aquéllas en las que Dios es más

honrado, en las que se manifiesta superior, mayor, más cordial, y no os equivocareis. Las doctrinas erróneas presentan casi siempre un Dios terrible. Lo es, pero su misericordia sobrepasa su justicia, y la bondad es el fundamento de todas sus obras. Dios es justo con respecto a nosotros, pero la esencia de su ser es la bondad que se comunica. Para rendir alabanza a Dios, dirigid siempre vuestras devociones, vuestros pensamientos, vuestras convicciones a creer, de buen grado, aquello que otorga honor a Dios, aquello que le hace más cordial y más amado; aceptad únicamente las opiniones que os proporcionen una idea de Dios más grande, más afable, más confiada, más perfecta. Esta es una de las prácticas del «Laus Deo». Después, disponed de una gran parte de vuestra devoción para alabar, adorar y glorificar a Dios.

El padrenuestro está dividido en dos partes: la primera es para honrar a Dios, la segunda para las necesidades del hombre. Tened una gran devoción a estas tres primeras peticiones: «Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Sin duda estas tres peticiones sitúan al hombre en el orden más perfecto y en el más deseado por él, pero ante todo se refieren a Dios.

Aplicad también a vuestra devoción una gran parte de lo que se expresa en el comienzo del «Gloria in excelsis: Laudamos te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi». Creo que esto forma parte de la devoción que corresponde a una Religiosa de la Asunción.

En fin, en las relaciones con las almas, haced que amen y que glorifiquen a Dios. Que vuestro móvil principal sea la gloria de Dios, y en ella encontraréis siempre el bien de las almas.

Sed muy sensibles al honor de Dios, mucho más que al éxito. Sería un fracaso si algún día fuerais más sensibles al éxito que al bien verdadero, si, en una casa, la Superiora, o vosotras mismas en lo que os incumbe, apreciaseis más el resultado que la virtud y que la perfección; si deseaseis más la alabanza de los hombres que recabar el

honor de Dios, en vuestra actuación con las niñas o con cualquier criatura. Una Superiora, anta todo, debe buscar extender el reino de Dios, debe velar por todo lo que se refiere al honor, a la alabanza y a la gloria de Dios, mucho más que preocuparse del éxito y de la alabanza humana.

Os he hablado ya una vez del desinterés, y he aquí que me vuelvo a encontrar en el mismo terreno, pues el espíritu de la Asunción concurre en muchos puntos. Se compenetran, los unos con los otros, de tal modo que constituyen, para nosotras, un espíritu especial, que se halla de forma preeminente en el espíritu de la Iglesia. Lo encuentro, como veis, en el padrenuestro, en el «Gloria in excelsis», en el Oficio, en el amor a la Iglesia, en las enseñanzas de la Iglesia. En él no hay nada de extraño ni de particular; por el contrario, es lo más católico posible.

Por esto me he permitido decir que la Iglesia es una madre cariñosa y buena, que da a todos sus hijos aquello que más necesitan. Respecto a las cosas que se consideran curiosas y extraordinarias hay pocas mentes que puedan comprenderlas, pues estas cosas permanecen en las cumbres, a donde no todo el mundo llega. No creo que esto sea lo mejor. Lo mejor y lo más conveniente, es que la Iglesia dé a todos el padrenuestro, el Gloria, las letanías de los Santos. Dé a todos la alabanza a Dios, la noción de que Dios es sumamente bueno, sumamente perfecto, sumamente afable.

He aquí todo lo que os recomiendo. No busco lo extraordinario, e insisto en este punto porque, a veces, por buscar cosas extraordinarias y selectas, se cae en lo menos seguro y en lo menos exacto. Taulero, por ejemplo, es un autor que no he leído; hay personas que encuentran en él maravillas, otras, por el contrario, inexactitudes. Esta clase de obras me hacen el mismo efecto que la mostaza en la comida; despiertan la atención, pero no son alimento. Para nosotras, por el contrario, deseo que tratéis de nutrir vuestra devoción con cosas totalmente seguras y católicas. Para muchos santos han sido suficientes; también os bastarán a vosotras para llegar a ser santas, sin el menor peligro y sin la más mínima ilusión.

19 de mayo de 1878

El espíritu de la Asunción – XI

Desprendimiento gozoso de las cosas terrenas.

Mis queridas Hijas,

Tengo hoy la intención de hablaros brevemente de una de las consecuencias prácticas del espíritu de la Asunción; aunque las virtudes sean las mismas en todas partes, en el modo de practicarlas, se manifiesta en algo el espíritu de la Congregación.

Todo el espíritu de la Asunción conduce a un desprendimiento gozoso de las cosas terrestres, a una disposición a elevarse por encima de los sufrimientos y de las dificultades, sin detenerse en quejas, sin perder el tiempo en ello. Todo lo que hemos dicho es una llamada: el misterio de la Asunción de la Santísima Virgen, esta unión a la Santísima Virgen que asciende por encima de la tierra, nos llama a elevarnos con ella a una vida celestial, y a poner en el cielo nuestros pensamientos, nuestros afectos; además esta característica de adoradoras, que es la primera que he destacado, y que hace, que al adorar todos los derechos de Dios, nos adelantamos a su voluntad con absoluta confianza en Él.

También os he dicho que entre las doctrinas, hay que escoger siempre aquellas en las que Dios es más honrado, en las que se dice que Dios es el más bueno, que es el bien infinito, la sabiduría infinita, que se debe confiar en Él, esperar todo de Él, que es Padre y que en cualquier momento podemos arrojarnos en sus brazos. Todo lo que se puede pensar de Dios, para poderle amar más, es lo que debemos pensar, antes que pararnos en todas esas ideas en las que han incurrido las mentes de muchos hombres, y que no se parecen a la perfec-

ción infinita de Dios, porque conllevan algo del espíritu propio del hombre.

¿Por qué no tener un desprendimiento gozoso? ¿No nos induce todo a ello? Si Dios es nuestro Padre vayamos hacia Él, que es la bondad infinita y cuya misericordia sobrepasa la justicia. Esta disposición concuerda con la adoración, que acepta todo como venido de la mano de Dios; hace que esta aceptación no sea triste, desoladora, sino gozosa y confiada. Antes de conocer la voluntad de Dios, el alma ya confía en Él. Cuando la conoce, en lugar de lamentarse de esa voluntad del Padre, la toma por el lado bueno con un cierto desprendimiento gozoso de toda visión humana o terrena.

Después del carácter de la adoración, os he hablado del espíritu de san Agustín. Con san Agustín debemos adquirir el amor a la verdad, el amor a la Iglesia, el amor a Nuestro Señor Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen, el amor a las almas, el deseo de extender el reino de Jesucristo en las almas. Ahora bien, Hermanas, ¡pensad cómo un alma a la que se ofrecen tantas cosas para pensar y para indagar, no puede detenerse en lamentaciones, en quejas, ni en las cosas terrenas! Continuamente, se encuentran en este mundo, dificultades, obstáculos, sufrimientos. No nos explayemos en lamentaciones sobre las cruces, sobre los inconvenientes que encontramos en esto o en aquello; todo será tiempo perdido, que podríamos emplear en llenarnos de verdad, de amor y en trabajar en el servicio de Nuestro Señor.

Pero es justo, y Dios lo quiere, que en todo obstáculo, en toda dificultad, busquemos un remedio. Dios no nos ha colocado en la tierra como criaturas pasivas, que como los mahometanos dicen: «Dios lo ha hecho! ¡Mahoma es su profeta!». Somos criaturas dotadas de inteligencia y de libertad; y debemos, por medio de las reglas de la Iglesia y las de las virtudes, librarnos de las dificultades que la vida humana y el demonio oponen a todo lo que hacemos.

Soy muy partidaria de esta doctrina de san Ignacio que dice: que ante una dificultad, ante una preocupación, ante un disgusto, pongamos

atención en seguir las luces de la sabiduría y de la prudencia, como si sólo contásemos con nosotras mismas; pero al hacerlo, contar únicamente con Dios, porque todo lo que hagamos, por nosotras solas, no cuenta nada. Muchas personas del mundo se detienen en los inconvenientes, en los obstáculos, en las dificultades que encuentran; y cuando se les pregunta: «¿Qué remedio se podría tomar?» no lo saben, no buscan ninguno.

Creo que, con un desprendimiento gozoso, el espíritu de la Asunción deja de lado, como dice un Profeta, los cantos, los *vae*, las lamentaciones, y sólo busca lo que Dios quiere que hagamos, para sacar de los incidentes el mejor partido posible para su servicio y para su gloria.

Una frase de la Sagrada Escritura contiene todo esto santa y perfectamente: «En todas las cosas interviene Dios para bien de los que aman» (19). He aquí la razón para no lamentarse: todo, Hermanas, se convierte en bien de aquellos que aman a Dios; entendedlo bien, todo, no se exceptúa nada: las faltas, cuando uno se arrepiente; las dificultades, cuando se las acepta; las penas, cuando, con ellas, se adquiere paciencia; los enemigos, el demonio, las pruebas, las tentaciones, la salud, las impotencias, las situaciones en que podamos encontrarnos, las dificultades en la oración, las luces cuando se tienen, y que no hay que rechazar, los consuelos que son un don de Dios, todo se convierte en bien de los que aman a Dios.

Al abordar las cosas de esta manera, comprenderéis, Hermanas, con qué desprendimiento gozoso, con qué fuerza, con qué confianza, con qué libertad de espíritu, con qué sencillez, con qué rectitud, con qué vacío de cosas y de palabras inútiles se soporta todo. Ante qué debe uno pararse, cuando se afronta todo diciendo: «He aquí la voluntad de Dios, la acepto de todo corazón, la quiero, la adoro... He faltado. Pues bien, me levantaré, me apartaré y no me turbaré; porque “todo coopera al bien de los que aman a Dios, dice san Pablo, incluso el pecado”, como añade san Agustín sin temor. No he sido hecha para la tierra, quiero tratar de elevarme por encima de todas

(19) Rm. 8, 28.

las penas y de todas las dificultades, de salir adelante lo mejor posible con los medios que dan mis reglas, la obediencia e incluso la prudencia natural. Así no se pierde, en lamentaciones continuas, el tiempo precioso de la vida.

Uno de los grandes males de nuestro tiempo, es el de replegarse siempre en sí mismo. Muchas personas que no tienen ninguna notoriedad, escriben su historia, anotan todo lo que han dicho, todo lo que han hecho, sin que haya en ellos nada interesante. Nosotras debemos seguir las grandes metas que os he indicado; debemos tratar de extender el reino de Dios en el mundo, y ¡qué lastima si, por ocuparnos de cosas personales, de cosas propias, nos desviásemos de esta sublime intención!

¿Por qué no animar todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, todas nuestras acciones con un deseo de celo? Eso nos libraría y nos pondría en disposición de entregarnos gozosamente a todo lo que concierne al servicio de nuestro Padre celestial. A medida que uno se desprende de las palabras, de los pensamientos inútiles, de las quejas, de las lamentaciones, de las preocupaciones del mundo, se alcanza mejor el reino de Dios, uno mismo se colma de mejores bienes, se busca más la palabra de fe que puede hacer el bien, se habla con más frecuencia a Dios y de Dios. Con ello todo es ganancia; y si hay algo que se pierde, es cierta necesidad de pensar en sí mismo; y si esto nos ocurre, es necesario pedirle a Dios que nos aparte de tal pensamiento.

Antes de la caída, el hombre veía todas las cosas en Dios y a Dios en todo; pero cuando su vista se enturbió por el pecado, cuando su inteligencia se oscureció por la ignorancia, cuando la concupiscencia se adueñó de nosotros, entonces el hombre se sintió inclinado a detenerse en las cosas superficiales y en sí mismo. Cuántas personas, en esta ciudad de París, despliegan su actividad en una vida materialista y superficial. He oído a alguien que las comparaba con las ardillas, que dan vueltas y vueltas sin cesar, con una agilidad tan fatigosa como inútil. Se levantan, se visten, se hacen visitas, van al parque, vuelven a casa para comer; después hay que ir a un espectáculo o a

una fiesta. Se crean obligaciones, deberes pueriles; la vida transcurre con una agitación febril, no se tiene tiempo para nada. Es una vida completamente inútil y predispuesta a la caída; porque no es natural que un ser inteligente, sienta complacencia en dar vueltas así en un círculo insulso. Y, sin embargo, es un hecho: cuántas personas de ese mundo no conocen otra cosa. ¿Qué dan a Dios semejantes vidas? ¿Cuáles son las obras que se hacen para Él?

Tenemos que oponernos a esto, Hermanas, no sólo alejando a nuestras niñas del mal, sino también previniéndolas contra la vida inútil, la vida en la que se olvida dirigir todas las cosas a Dios, nuestro fin eterno. Y respecto a nosotras, desprendámonos cada vez más de aquello que podría permanecer en nosotras todavía, de esta inclinación al pecado original; dejemos a nuestros pies las cosas bajas, ruines, inferiores, para elevarnos constantemente hacia Dios, ocuparnos de Dios, amar a Dios, llegar a Él por este desprendimiento santo y gozoso, que siempre hemos reconocido como una de las características de la Asunción y como la conclusión de los distintos principios que hasta ahora hemos expuesto.

26 de mayo de 1878

El espíritu de la Asunción – XII

**Las virtudes naturales,
base de las virtudes sobrenaturales.**

Mis queridas Hijas,

Para continuar con lo que hemos dicho hasta ahora, tendría que entrar en la vida interior y sobrenatural que parece convenir con el espíritu de la Asunción. Sería demasiado largo, y exigiría varios Capítulos; así pues, dejé este tema para mi vuelta, y hoy quiero hablaros sólo de un punto que parece concordar esencialmente con el espíritu de la Asunción y en el que se han fijado, por así decirlo, varias personas que nos conocen, y ven en él la característica de nuestro Instituto. Os citaré sólo a la más ilustre y la más clarividente de estas personas, es el obispo de Poitiers; lo que ha señalado en nuestro espíritu, como muy especialmente nuestro, es la atención a las virtudes naturales.

Fijáos, Hermanas, que hay una base para las virtudes sobrenaturales. Esta base es la de restablecer en sí la rectitud original de la naturaleza. No es todavía la gracia; por debajo de lo que es sobrenatural, de lo que es divino, de lo que es de Jesucristo en el alma, está la rectitud natural con la que Dios ha creado al hombre, y debemos a la honra de Dios, el que la criatura se restablezca en esta rectitud natural. De ahí viene la franqueza, la rectitud, la delicadeza, la sencillez, el honor, la bondad, el valor. Buscad, si queréis, otras virtudes naturales, no las recuerdo todas, os indico solamente el núcleo de estas virtudes. Así pues, Hermanas, es importante que el espíritu de la Asunción se funde en estas virtudes.

Sabéis que la franqueza, la rectitud, son características sin las cuales parece que no se puede vivir en la Asunción. ¿Cómo así y por qué? Hay varias razones: primero a causa de nuestra vocación específica de rendir honor y gloria a Dios; de resumir toda nuestra vida en el «Laus Deo» y también por nuestro amor a la verdad, a la Iglesia, a Jesucristo a quien se debe glorificar, al mostrar al mundo la rectitud natural del hombre tal como Dios lo había creado. Ha sido el pecado el que ha destruido la rectitud, el que ha introducido el disimulo, el que ha borrado el desinterés, la nobleza y el honor. El hombre fue creado recto, leal, sencillo, bueno; y, según deseo de la gloria de Dios, debemos tratar de restablecer las virtudes naturales en nosotras y en los demás; debemos poner mucha atención en las virtudes naturales que sirven de base a las virtudes sobrenaturales. Las personas que nos conocen observan, en nosotras, esa característica especial, y el designio de Dios es que seamos así.

Otra razón muy seria es la misión de la educación que nos incumbe. Comprenderéis, Hermanas, que a la educación hay que darle el espíritu sobrenatural, hay que hacer vivir a Jesucristo en las almas, formar en ellas las ideas de la fe; pero este trabajo de establecer la rectitud natural en el alma ¿no es de todos los días? Desde la infancia, ya hay algo que se desvía. El niño muy pronto es goloso, novelesco, lleno de egoísmo, individualista, con frecuencia es malo; y todo esto por una inclinación que es la consecuencia del pecado. Al ostentar la misión de la educación, tenemos que tener gran celo para restablecer, en nosotras mismas y en las almas que se nos confían, los cimientos de la virtud.

Esto no es todavía la virtud cristiana, no es todavía lo que debe ser la vida de Jesucristo en el alma; pero es un cimiento necesario, porque Nuestro Señor se complace en aquellos que son rectos y que, para preparar el camino del Señor, es preciso, como dice el Santo Precursor, enderezar los senderos y rellenar los socavones. Hay socavones en el alma, algo que no es recto, y el trabajo que tenemos que hacer, respecto a las niñas, es el de procurarlas sencillas, francas, leales, generosas, que sean lo más honradas posible en todo lo que es natural. Sobre estos cimientos, se añade luego la gracia que produce